ACTO SEGUNDO, ESCENA VII.

MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA.

INDULGENCIA PARA TODOS.

PERSONAS.

DON FERMIN DE PERALTA, VECINO DE UNA VILLA DE NAVARRA, Y PADRE DE
DOÑA TOMASA Y DE
DON CARLOS, AMIGO DE
DON SEVERO DE MENDOZA, CABALLERO VIZCAINO, AUNQUE CON SU FAMILIA ESTABLECIDA EN CASTILLA, Y TRATADO DE CASAR CON DOÑA TOMASA.
DON PEDRO ARISMENDI, ALCALDE MAYOR DEL PUEBLO, Y AMIGO DE DON FERMIN.
COLASA, CRIADA DE DOÑA TOMASA.
GASPAR, CRIADO DE DON SEVERO.

La escena es en Madrid, en la casa de doña Leoncia.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de la casa de don Fermin adornada con decencia pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con algun otro cuadro, etc., y esta sala tendrá dos puertas; una que conduce á la entrada de la casa, será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

ESCENA PRIMERA.

DON FERMIN *y* DON CARLOS.

FERMIN.

¿Conque hoy llega?

CARLOS.

Sí, señor,
Hoy mismo, ó miente la carta
Que acabo de recibir
De don Jaime.

FERMIN.

Su tardanza
Me empezaba á dar cuidado.

CARLOS.

Pues á fe que no me daba
A mí ninguno.

FL DRTS 10632
0500767777

FERMIN.

¿Y por qué?

CARLOS.

Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
La menor cosa embaraza,
Y detiene y descompone.
Además no encuentro tanta
La diferencia. El nos dijo
Que llegaria sin falta
El lunes, y llega el martes.

FERMIN.

Ya se ve. Con la cachaza
Que gastan los mozalbetes
Ahora, nada importa nada.
Lunes dijo; y llega martes:
Lo mismo es.

CARLOS.

La cuenta es clara.
De todos modos un dia
Mas ó menos...

FERMIN.

Hombre, calla
Con Barrabás, y no digas
Disparates. Que el que viaja
Por interés ó capricho
Se engañe en su cuenta, vaya
Con mil diablos; pero un novio
A quien espera la blanca
Mano de una doncellita,
Por fin y postre, ¿no es gaita
Que se venga equivocando
A la primera jornada?

CARLOS.

A veces...

FERMIN.

Nunca hay disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
Debe conocer al menos
El almanaque.

CARLOS.

Tomasa
No juzgará ciertamente
A su novio con tan rara
Severidad.

FERMIN.

Que lo juzgue
Como quiera. Todo cambia,
Y en todo hay moda. Por eso
No extrañaré que á tu hermana
Le parezca una lindeza,
Lo que en mis tiempos bastaba
Para aguar mas de mil bodas.

CARLOS.

Ya tenemos en campaña
Aquellos benditos tiempos.

FERMIN.

No que no. Si fuera chanza...
Por mucho menos tu tia
Doña Leonor de Peralta
Y Quincoces dió á su novio
Unas sendas calabazas,
Sin mirar que era marqués,
Y rico, y tonto.

CARLOS.

¡Ay que es nada
Lo del ojo! Y diga usted
¿Por qué hizo tal mogiganga
La buena doña Leonor?

FERMIN.

Yo lo diré; pues me hallaba
Precisamente en la iglesia
Cuando el caso. Todo estaba
Preparado: el organista
En su puesto; las arañas
Encendidas; los chiquillos
A la puerta, y las tapadas
Muy cerquita de la novia
Para ver si se cortaba.
Solo, en fin, faltaba el cura
Para casarlos.

CARLOS.

Pues falta
Era.

FERMIN.

No tanta, que estuvo
La cosa mas apurada
De lo que á tí te parece.
El sacristan era rana,
No lo niego, y aun el mejor
Tabernero de Navarra,
Segun dijeron entonces;
Pero él solo fué la causa
De todo, con las mejores
Intenciones, y las mas malas
Resultas que puede haber.

CARLOS.

La intencion siempre le salva.

FERMIN.

Sí; pero ¿á quién se le ocurre,
Sin esperar á que salga
El cura, y por abreviar
Y pillar pronto las tarjas,
El decir á novio y novia
Que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
A fuerza de amor, estaba
Como están todos los novios,
Sin saber lo que les pasa,

Ni lo que hacen, y por dar
La mano derecha, alarga
La zurda, y zas, mi marqués
Equivoca la estocada.

CARLOS.

¡Oiga y qué lance!

FERMIN.

Tu tia
Era muy buena. Una santa
Casi, casi; pero en punto
A el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
O porque le diese rabia
Al ver que todos rieron
Del marqués la borricada,
Lo cierto es, que una congoja
Le dió allí mismo tan larga,
Que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterraran
Dispuso ya.

CARLOS.

¿Y se enterró?

FERMIN.

No; porque como esperanzas
Nos diera el sepulturero,
Quisimos ver si acertaba,
Y quiso Dios qne acertase.
Pero ¡ay Carlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
Dijo que no se casaba,
Y no se casó, no hay mas,
Que no se casó.

CARLOS.

Pues basta
Y sobra cuanto habeis dicho
Para probar que se amaba
De otro modo en vuestros tiempos;
Pero padre, está mi hermana
En un caso muy distinto
Que su tia. Si el novio tarda,
Ignoramos los motivos.
Dejad que llegue, y la causa
Sabremos.

FERMIN.

Lo que te digo
Es, que entonces no escapara
Tan ahinas.

CARLOS.

Señor, entonces
Con igual facilidad
Una mula se encojaba
Que ahora. Tambien en posadas
Quedaban trasconejados
Gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompia,
Si un zagal se emborrachaba,
Como se rompen y aturcan
Los presentes; si en España
No se andaba por los aires,
Dígole á usted...

FERMIN.

Que me cansas,
Y me secas y fastidias:
Basta ya por Dios. ¿Colasa?

COLASA.

¿Señor? (*Desde dentro.*)

CARLOS.

Otras son las cosas
Que á mí me asustan.

FERMIN.

¿Qué?

CARLOS.

Nada.

FERMIN.

Vaya, dilo, no me vengas
Ahora con medias palabras
A guisa de covachuelo.

CARLOS.

Pues señor, no es la tardanza,
Que es el genio de mi amigo
El que solo me acobarda:
Su genio, su poco mundo,
Su austeridad, su...

FERMIN.

¿Muchacha? (*Llamando.*)
Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA *y los* DICHOS.

COLASA.

¿Mande usted?

FERMIN.

¿Dónde te hallabas,
Diablo, que siempre es preciso
Desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!
Despues que estoy todo el dia
Hecha un azacan, regaña
Usted.

FERMIN.

Mujer, no es reñir,
Es preguntar dónde estabas,
Y qué hacias.

COLASA.

Limpiar el cuarto

Del huésped, hacer la cama,
Y tenerlo todo pronto
Para cuando llegue.

FERMIN.

Brava
Mozuela. Y dime, ¿qué colcha
Has puesto?

COLASA.

¡Toma! la blanca
De damasco.

FERMIN.

Te confieso
Que temí no le encajaras
La de filipichi.

COLASA.

Bueno
Hubiera sido.

FERMIN.

Y la tohalla,
El espejo, la escobilla,
El jarro y la palancana,
¿Está todo en su lugar?

COLASA.

Todo está.

FERMIN.

Pues ahora, marcha,
Y clávate en el balcon,
Sin andar en garambainas,
Ni muecas con el herrero
De enfrente; y avisa, Colasa,
En sonando campanillas.

COLASA.

Para autorizar las casas
Nunca hace falta una mona,
En tanto que haya criadas.

CARLOS.

Ya está aquí nuestro don Pedro.

FERMIN.

¿Qué don Pedro ó calabaza?

CARLOS.

¡Toma! el alcalde mayor.

ESCENA III.

DON PEDRO *y* DICHOS, *menos* COLASA.

FERMIN.

¡Jesús, qué milagro! vaya,
No esperaba tan temprano
A usted.

PEDRO.

Usted es la causa,
Amigo.

FERMIN.

Pues me lo cuelgo
Con gusto.

PEDRO.

Anoche quedaba
Usted con tal impaciencia
Por su yerno, que...

FERMIN.

Mil gracias;
Mas ya salí del cuidado.

PEDRO.

¡Hola!

FERMIN.

Sí señor. La carta
Que veis es de aquel don Jaime,
Un hidalgo de Tafalla,
Que antes fué torero...

PEDRO.

¿Aquel
Que vive en la misma plaza
Entre el cura y la botica?

FERMIN.

El mismo que viste y calza.

PEDRO.

¿Y qué dice el buen hidalgo?

FERMIN.

Dice que durmió en su casa
Antes de anoche mi yerno,
Y que hoy llegará sin falta
A la tardecita.

PEDRO.

Sea,
Pues que tanto se deseaba,
Mil veces enhorabuena.

FERMIN.

Mucho, en verdad, me alegrara
Si ya estuviese hecho todo;
Porque á lo menos me ahorraba
De camorras.

PEDRO.

¿Qué camorras?
En cosa ya tan tratada,
Y que tanto os acomoda,
No se debe hablar palabra,
Y dejar obrar al tiempo.

FERMIN.

Pues ahí verá usted. Acaba
Ahora mismo el señor mio
De volver á las andadas,
Y repetir cuanto dijo
Anoche.

CARLOS.

Si me dejara
Usted hablar...

FERMIN.

¡Dios nos libre!

CARLOS.

La ventura de mi hermana
La encuentro comprometida:
Ella será desgraciada
Sin duda. Siempre lo dije,
Y lo diré mientras haya
Remedio.

FERMIN.

¿Pues tú no fuistes,
Hijo ó demonio, la causa
De saber yo que existia
Tal hombre? ¿No le alababas
A troche y moche! Te acuerdas
Cuando fuí por tí á Vergara,
Qué pesado y qué chinchoso
Estuvistes con las raras
Prendas, y torna las prendas;
Y el talento, y la motriaca
De tu amigo hasta obligarme
A que le viese y tratará?
Y entonces ¿de qué te admiras
Si me gustó? ¿por qué extrañas,
Que no siendo un pelagatos
Además, para Tomasa
Le haya escogido? Su padre,
Que se casó en Salamanca,
Siendo jóven y estudiando
Lo que allí enseñan, gastaba
Coche, y era un caballero
A quien yo traté en mi infancia,
Y con quien siempre seguí
Correspondencia por cartas.

CARLOS.

Lo mismo que dije entonces,
Repito ahora; y si palabra
Me da usted de no enfadarse,
Explicaré lo que llama
En mí una contradiccion.

PEDRO.

Oigámosle. (*A don Fermin.*)

FERMIN.

¿Sí? pues charla
Cuanto quieras, hijo mio;
Te concedo carta blanca.

CARLOS.

Don Severo de Mendoza
Es un hombre á quien la sabia
Naturaleza ha tratado
Con tal indulgencia y tanta
Prodigalidad, que apenas
Se encuentra entre las humanas
Ciencias, una, no que ignore,
Sino en que no sobresalga.
Su talento, aplicacion
Y lectura: su extremada
Facilidad para cuanto
Quiere aprender, y que allana
En su favor los escollos
Que á tantos detienen, causan
Verdadera admiracion.
Yo le conocí en Vergara,
En donde de humanidades
La cátedra profesaba,
Y en donde tuvo principio
La amistad que nos enlaza;
Su figura es agradable,
Su corazon noble; se halla
En aquella edad preciosa
En que ya desenrolladas
Nuestras facultades, pueden
Realizar sus esperanzas.

PEDRO.

¿Qué edad tiene?

CARLOS.

Treinta y cinco.

FERMIN.

Sí, sin lo que anduvo á gatas.
El año de ochenta y cuatro...

CARLOS.

En fin, una sola mancha
Desluce cuadro tan bello,
Y un defecto es el que se halla
En él.

FERMIN.

¿Y cuál!

CARLOS.

No tener
Ninguno.

FERMIN.

¡Miren qué tacha!

CARLOS.

Aun mas de lo que os parece,
Que la propia desconfianza
Es solo quien nos inclina
A excusar ajenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
Que le sujetan y arrastran,
Que le empujan y detienen,
Qne le humillan ó levantan:
El interés, la opinion,
Las pasiones exaltadas,
Los encontrados deberes,
Las distintas circunstancias
En que cada cual se encuentra,
Son otras tantas borrascas
Donde el piloto mas diestro,

Si no perece, naufraga.
Y bien, ¿cómo exigiremos
Indulgencia y tolerancia
De quien jamás ha sufrido,
De quien ignora las varias
Vicisitudes que afligen
Nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
Del novio. Desde su infancia
Fué conducido al colegio;
Allí dió tanta esperanza,
Sus progresos fueron tales,
Que sus mismos camaradas,
Y los profesores mismos
Vencieron su desconfianza,
Y le obligaron á que
Se opusiese la expresada
Cátedra en lugar de irse
Con su padre á Salamanca,
Como quiso: hace, en efecto,
Esta oposicion, la gana,
Y desde entonces gustoso
Se dedica á la enseñanza
De aquellos que poco antes
Sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
Esta rápida mudanza
Para sus inclinaciones:
Desde su estudio á las aulas,
Desde su casa al colegio
Su vida entretiene y pasa
Sin mas trato que sus libros;
Y aquesta pasion le aislara
De suerte que desconoce
El suelo que pisa. Su alma
Engañada, enardecida
Por lecturas exaltadas,
Otra existencia se crea
Tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo:
Las virtudes celebradas
De sus hijos son las solas
Que le admiran y le inflaman:
Con él no hay medio: á su lado
No se disimula nada;
Y merece su desprecio,
Si no vive á la espartana
El que le quiere tratar.

FERMIN.

¿Y qué consecuencia sacas
De toda esa relacion
De méritos?

CARLOS.

Una y clara.
Que quien no conoce el mundo
Sino por libros, quien trata
De encontrar en cada hombre
Un Caton, mucho se engaña
A sí mismo, y mil pesares
Para los demás prepara.
La perfeccion está lejos
De nosotros por desgracia;
Y el que se juzga perfecto,
Mal podrá sufrir las trabas
Que el lazo social impone,
Ni tolerar con cachaza
De una mujer los caprichos,
De un amigo la inconstancia,
De un hijo los devaneos,
O de un suegro la acendrada
Impertinencia.

FERMIN.

Pues, mira,
Pienso que esos alpargatas
Que dices, no dejarian
De tener una manada
De chiquillos, como tiene
Cualquiera que ahora se casa;
Y no obstante...

CARLOS.

Es que la historia
Nos recuerda las hazañas;
Pero no las peloteras,
Que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
Y en Madrid acostumbrada
Al buen trato y diversiones,
No me parece muy ardua
Empresa pronosticar
Que no será afortunada,
Teniendo siempre á su lado
Un censor, que la eche en cara
Hasta lo mismo que forma
La existencia de una dama.
Tal es mi opinion. Usted
Hacer podrá de su capa
Un sayo, nada me importa,
Pues cumplí con la sagrada
Obligacion que tenia.

FERMIN.

Señor don Pedro de mi alma,
¿No es verdad que cuanto dice
Este mozo es una sarta
De desatinos?

PEDRO.

No tal.
Las reflexiones que acaba
De manifestar don Carlos
Antes bien son muy sensatas.

FERMIN.

¿Qué dice usted?

PEDRO.

Lo que digo:
Que no arriendo la ganancia
A Tomasita, si el novio
Es tal cual nos le retrata
Su hermano.

CARLOS.

Nada pondero.

PEDRO.

¿Y á Tomasita le agrada
Ese carácter adusto? (*A don Fermin.*)

FERMIN.

No lo sé; pero apostara
A que sí; pues ella y todas
Lo que quieren es casaca.

PEDRO.

¿Se conocen?

FERMIN.

No se han visto
Jamás.

PEDRO.

Y la repugnancia
De su hermano ¿no la asusta?

FERMIN.

Como está bien educada,
Nunca tuvo voluntad
Propia.

PEDRO.

¿O á manifestarla
No se atrevió nunca? Amigo,
Vamos claros: la muchacha
Puede que felice sea;
Pero boda cimentada
Sobre bases tan endebles,
Promete cortas ventajas.

FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio
Tiene el asunto? Avisada
Ya la parentela, escrito
Al tio sumiller, las galas
Compradas, y en casa... vamos,
No es posible. Campanada
Igual ni un negro la diera.

PEDRO.

Tampoco se desbarata
Con esa facilidad
Un lazo, en que interesadas
Están dos nobles familias.
Así, pues, yo aconsejara
Se ensayase solamente
Un medio...

FERMIN.

¿Alguna demanda
Ante el vicario?

PEDRO.

No es eso.

FERMIN.

Pues lo que es ir á la sala
No me atrevo: lo confieso.
Tengo mi casa atrasada
De tal modo con la guerra...
Luego, ya ve usted las cargas
Que se pagan, el granizo
Que sufrimos por marzo.

PEDRO.

¡Anda!
Ya escampa y llueven guijarros.
No, don Fermin, no se zanjan
Tamañas dificultades
Con pleitos, y aquel que trata
De componer un asunto
De familia sin jaranas
Ni ruidos, nunca conviene
Que empiece rompiendo lanzas.

FERMIN.

Pues eso quise decir.

PEDRO.

Ahora bien, yo me inclinara
A que inventásemos juntos
Un buen ardid, que de chanza
Tuviese el nombre, y que fuese
Una leccion que enseñara
A ese filósofo grave,
Que todos á igual distancia
Están de la perfeccion,
Y que...

FERMIN.

Ya estoy. Usted trata
De que caiga de su burro,
¿No es verdad?

PEDRO.

Pues.

FERMIN.

Y de que abra
Los ojos, y reconozca
Que él es de la misma pasta
Que su padre y que su madre,
¿No es así?

PEDRO.

Cabal.

FERMIN.

Pues basta,
Corre de mi cuenta.

PEDRO.

¿Cómo?

FERMIN.

Lo dicho, dicho. Mañana
Estará mas blando el hombre
Que una breva.

PEDRO.

Pero...

FERMIN.

Nada:

Fiese usted en mí. Se hará,
Y usted me dará las gracias.

PEDRO.

Pero, en fin, sepamos cómo.

FERMIN.

Mañana al romper el alba
Tomo la mula, y me voy
Al convento de las Claras.
Conozco allí al capellan,
Que es un piquito de plata,
Todo un hombre, que estuvo
Consultado por la cámara
Para una racion en Ceuta;
Y á saber donde se hallara
En el dia, si él no la hubiera
Renunciado; pero, vaya,
Lo que él dice; vale mas
Servir con mucha eficacia
Media docena de madres,
Que agradecen y que pagan,
Que no meterse en cabildos.

PEDRO.

Al grano por Dios.

FERMIN.

Cachaza,
Que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
Entera la deposito
En la prudencia, en la labia
De este docto sacerdote;
Que lo traeremos á casa,
Y en dos ó tres encerronas
Le pondrá como una malva.

PEDRO.

¡Ay, don Fermin, y cuán poco
Conoce usted nuestra humana
Flaqueza! ¿usted se figura
Que se curan con palabras
Los ridículos, los vicios
Que la educacion arraiga
En nosotros? ¿Usted piensa
Que una obra cimentada
Por el tiempo y la costumbre,
Se destruye ó desbarata
Con retóricos discursos?
Pues no, amigo, usted se engaña.
El hombre es tan material,
Que para que se persuada
De un error, es fuerza que antes
Se enteren y satisfagan
Los sentidos; que lo toque,
Que lo vea, que la acerada
Espuela del desengaño
Sienta, y sufra...

FERMIN.

Conque ¿nada
Aprovecha un buen talento?

PEDRO.

¿Quién dice que no? Él acaba
La conversion, apreciando
Las ventajas que se ganan,
Y los riesgos que se evitan.

CARLOS.

Es el cachetero.

FERMIN.

Calla.

PEDRO.

Ejemplos y no sermones
Es mi receta.

FERMIN.

Pues caigan
Mas ejemplos sobre el novio,
Que pelos quiere una calva,
Y amigos tiene un ministro.

PEDRO.

¿Conque ustedes me dan amplias
Facultades?

FERMIN.

Sí, señor.

PEDRO.

Pues, amigo, oid mi traza:
La escalera de la vida
Está con jabon untada,
Y el que baja mas confiado,
Si se descuida, resbala,
Y da con su cuerpo en tierra
Como los demás: se trata,
Me parece, de que el novio
Dé tambien su costalada,
Para que luego no riña
A los que en el suelo se hallan.
Pues bien, pongamos chinitas
De trecho en trecho; y si baja
Él tropezará.

FERMIN.

Así sea;
Pero temo que la trampa
Llegue á conocer, la evite,
Y despues á carcajadas
Se burle y mofe de todos.

PEDRO.

No tal, que nadie se escapa
Sin su chichon en la frente
Al menos.

FERMIN.

¿Y si pesada
Le pareciese la burla,
Y se picase?

PEDRO.

Si alcanza

La medicina, no importa
Que nuestro enfermo al tragarla
Se queje un poco; que luego
Sano, nos dará las gracias;
Y si no alcanza, tampoco
Importa un pito; pues clara
Prueba será que su mal
No tiene cura.

FERMIN.

Pues nada
Nos detenga.

PEDRO.

Principiemos
Por decirle, que Tomasa
No está en casa; y el papel
De una jóven desgraciada
Y sensible podrá entonces
Representar la muchacha.

FERMIN.

¿Con qué fin?

PEDRO.

Yo lo diré.

ESCENA IV.

COLASA *y* DICHOS.

COLASA.

¿Señor, señor?

FERMIN.

¡Qué embajada
Será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan
Ya.

FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya están en la plaza.

FERMIN.

Pronto, pronto la peluca,
Dadme los guantes, la caña
Y el sombrero.

PEDRO.

¿Para qué?

FERMIN.

¿No es fuerza, pues, que yo salga
A recibirle?

PEDRO.

Antes no.
Si hemos de efectuar la farsa
Proyectada, deberemos
Primero sus circunstancias
Comprender, y repartir
Los papeles.

FERMIN.

¿Dónde?

PEDRO.

¡Brava
Dificultad! En cualquiera
Parte, aunque sea en la cuadra:
El caso es que nos juntemos.

COLASA.

(Intendenta, comisaria,) (*A don Fermin.*)
¿No oye usted como vocea
El mayoral?

FERMIN.

¿La sala (*A don Pedro.*)
Que ocupaba el alojado,
Será buena?

PEDRO.

Soberana;
Vamos á ella.

COLASA.

¿Y yo qué digo
Si se me pregunta?

FERMIN.

Nada;
Que las mujeres no dicen
Poco cuando están calladas.

COLASA.

¿Y he de callar siempre?

FERMIN.

Siempre.

PEDRO.

Vamos.

CARLOS.

Presto.

COLASA.

A la ventana
Me vuelvo, que quiero ver
Si aprisa ó despacio baja,
Si entra con el pié derecho,
Si estornuda ó si se rasca;
Pues son dignas de notarse
Las menores circunstancias
En un hombre tan valiente,
Como el guapo que se casa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
Nuestro moro ya en campaña,
Y su porte y su presencia
Son, á la verdad, gallardas;
Pero á mí ¿qué se me dá?
¡Por cierto que es de importancia
El papel que se me ha dado!
¡Qué insulsez! ¡Ay! si me enfadan,
Les he de pedir á gritos
Me pongan una mordaza;
Porque sino... ¡qué sé yo!
Mala es la fruta vedada
Para las hijas de Adan,
Y á fe que hay muchas manzanas.
¡Callar yo! Si sueño á gritos,
Cómo dispierta... ¡qué rabia!
Porque charlar me dejasen,
Les diera ahora mi soldada
De este mes. Luego este novio
Es fuerza traiga una gana
De conversacion... cual todos.
Querrá hacerme la confianza
De su pasion, los temores
Que le asustan, la esperanza
Que le anima, sus deseos,
Sus sacrificios, sus ansias,
Con toda la letanía
Que rezan los que se casan,
Sin conocer del oficio
Las quiebras... y yo ¿una estatua
Estaré sin responderle,
Ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mia.
Ya suben: vamos, Colasa,
Ojo alerta, y no digamos
Nada que un comino valga,
Y pueda comprometer;
Pero sí medias palabras,
Y aun enteras, siempre que
Sean palabras cortesanas;
Pues dicen son muy lucidas,
Y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

DON SEVERO, GASPAR *y* DICHA.

SEVERO.

Lo dicho, dicho, Gaspar. (*A Gaspar.*)
Niña, ¿es usted de la casa? (*A Colasa.*)

COLASA.

Sí señor, soy la doncella
Que hay en ella.

SEVERO.

Pues bien, haga
Usted, si gusta, el favor
De anunciarle mi llegada.

COLASA.

¿A quién?

SEVERO.

A su amo de usted.

COLASA.

¿No mas?

SEVERO.

¿Y qué mas?

COLASA.

No gasta (*Aparte.*)
El hombre mucha saliva.
Si las señas no me engañan,
No me costará ya tanto
Callar, como imaginaba.

ESCENA III.

DON SEVERO *y* GASPAR.

SEVERO.

Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR.

Señor, por santa Susana
Bendita, usted reflexione,
Que yo... si...

SEVERO.

En vano te cansas:
Toma tu maleta y busca
Otro amo.

GASPAR.

Pero...

SEVERO.

Excusadas,
Para genios como el mio,
Son todas esas plegarias.
Marcha.

GASPAR.

Diez años comí
Pan de usted y así se pagan...

SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

SEVERO.

El que sirve mal, poco ama
Al dueño que le mantiene.

GASPAR.

En fin, señor, ¿una falta

Solo en diez años merece
Que usted me eche de su casa?

SEVERO.

Quien hace un cesto, hace ciento.

GASPAR.

¿Y qué hice yo para tanta
Crueldad?

SEVERO.

Una bagatela,
A la primera jornada
Volverte y dejarme solo
Sin avisarme.

GASPAR.

La causa
La sabe usted.

SEVERO.

Y es muy justa:
¡Qué! Dejarme en la estacada,
Por una mujer...

GASPAR.

No hay tal,
Y yo no soy tan batata,
Que por mujeres faltase
A mi obligacion.

SEVERO.

Repara
En que me dijiste anoche
Lo contrario.

GASPAR.

¿Yo?

SEVERO.

Tú.

GASPAR.

Flaca
Memoria tiene usted.

SEVERO.

¡Cómo!
¿Con que no fué por Olalla,
La chica del Sacamuelas
Por quien volviste?

GASPAR.

¡Caramba!
¿Pude acaso despedirme
Antes de ella?

SEVERO.

¡Habrá tal mandria!
¿Conque fué por ella?

GASPAR.

Sí.

SEVERO.

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR.

Sí tiene; pero es mi novia,
Y hay muchísima distancia
De una cosa á otra.

SEVERO.

¡Por vida!
Ya mi paciencia se acaba.
¿No es lo mismo una mujer
Que una novia?

GASPAR.

Vaya, vaya;
¿Conque es lo mismo?

SEVERO.

Sí tal.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

SEVERO.

¡Vanas
Sutilezas! Salte afuera.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

SEVERO.

Marcha,
Te digo.

GASPAR.

¿A que no responde?
¡Oh razon, lo que tú alcanzas!
Pues reduces al silencio
A los mismos que nos pagan?
Pero por si acaso, voy
A implorar con eficacia
El favor de don Fermin:
Que tal vez podrán mis lágrimas
Enternecerle: él es suegro,
Pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV.

DON SEVERO, *solo.*

Bueno fuera pese á tal
Que así al deber se faltase,
Y uno luego se escudase
Con la causa de su mal:
No, señor, el criminal
Cuando halaga su cadena,
A sí mismo se condena,
Y pues no tiene disculpa,
Ya que cometió la culpa,
Que sufra tambien la pena.

El alazan corredor
Halla incómoda barrera
Que le corta su carrera,
Que inutiliza su ardor:
Brama al verla de furor,
Tasca el freno, su atrevida
Mano hiere la endurecida
Tierra; pero él se detiene,
Y su ginete previene,
Por si acaso, espuela y brida.
Asimismo la pasion
Tambien encuentra barreras,
Que establecieron severas
Ya la ley, ya la razon;
Que una vez á la opinion
O al capricho se permita
Despreciar lo que limita
Nuestro humano desenfreno,
Y si hallasen hombre bueno
Pueden ponerle en su ermita.
La indulgencia es flojedad,
La tolerancia simpleza,
Que indican mucha torpeza,
O mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
Compadezco al desgraciado;
Pero si encuentro un culpado
Por criminal ó por necio,
Le doy solo mi desprecio,
Y sale muy bien librado.

ESCENA V.

DON CARLOS, *y* DICHO.

CARLOS.

¡Severo!

SEVERO.

¡Carlos!

CARLOS.

¡Por vida
De sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estás?

SEVERO.

Como quien viene
A realizar la esperanza
De su dicha. ¿Y tú?

CARLOS.

Mas gordo
Que un necio.

SEVERO.

¿Y tu buen padre?

CARLOS.

Anda
Con el cachican á vueltas:
Ya vendrá. Que ¿por Tomasa
No me preguntas? Muy tibio
Traes el cariño.

SEVERO.

Esperaba,
Si te he de decir verdad,
Que su vista me excusara
Tal pregunta.

CARLOS.

Pues no, amigo,
Porque la pobre muchacha
No puede estar en dos partes.

SEVERO.

¿Cómo?

CARLOS.

Desde la semana
Pasada está en el convento
Donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
A santa Rita de Casia,
Y fué fuerza darla gusto.

SEVERO.

¿Y qué le pide á esa santa
Abogada de imposibles?

CARLOS.

¿Qué sé yo? Pero apostara
A que pide un buen marido;
Que una mujer no repara
En gollerías.

SEVERO.

Segun veo,
Tú siempre el mismo humor gastas,
Y á fe que bien te lo envidio.

CARLOS.

¿Qué se ha de hacer? No se saca
Otra cosa de esta vida,
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?

SEVERO.

Si es que tú llamas
Seriedad á no gustar
De juveniles borrascas,
Ni de locos devaneos,
Verdad es.

CARLOS.

Hombre, ¡qué guapa
Pareja hicieras con Flora!

SEVERO.

¿Con quién?

CARLOS.

Con Flora.

SEVERO.

Y esa dama
¿Quién es?

CARLOS.

Mi novia.

SEVERO.

¿Tu novia?

CARLOS.

La misma: pues qué, ¿mi hermana
Solo ha de ser quien se case?

SEVERO.

No por cierto, y si lograras
Buena eleccion, bien hicieras.

CARLOS.

¡Oh! lo que es eso extremada,
Pues la jóven es preciosa.
No merezco descalzarla,
Ya ves, y no soy del todo
Mal pellejo.

SEVERO.

Tú la ensalzas
Sobremanera.

CARLOS.

Es justicia.
Lo que es de la iglesia al papa,
Y no mas. En fin, tú pronto
Podrás, si quieres, juzgarla,
Que no está lejos.

SEVERO.

¿Pues dónde?

CARLOS.

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
Lo será luego.

SEVERO.

Ignoraba
Que tal parienta tuvieses.

CARLOS.

¡Jesus! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tio
Don Sempronio de Peralta,
Que siendo oidor de Sevilla,
Pasó luego á la otra banda,
Y allí murió?

SEVERO.

No me acuerdo
De tal don Sempronio.

CARLOS.

¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?

SEVERO.

No.

CARLOS.

Lo siento.

SEVERO:

Haces muy mal.

CARLOS.

¡Lástima
Como ella!... morirse el pobre
Apenas pasó la charca.
Y antes de hacer pacotilla,
Dejando solo á su amada
Florita por dote un loro,
Un coco vacío, dos cajas
De azúcar, cien apellidos,
Y muchos miles de trampas.

SEVERO.

¡Rica herencia de un indiano!

CARLOS.

Pero padre que idolatra,
Como buen navarro, á todos
Sus parientes, pronto á casa
La trajo, donde dispuso
Casarme con ella, y trata
De que mi boda y la tuya
Se celebren juntas.

SEVERO.

¡Cuánta
No debe ser tu alegría,
Oh Carlos, con la fundada
Esperanza de que pronto
Harás feliz á tu amada!
Y congenia, y...

CARLOS.

Tú desbarras.
Ni ella me quiere, ni es fácil
El hallar en media España
Dos genios mas encontrados
Que los nuestros.

SEVERO.

¿Y te casas?

CARLOS.

Sí.

SEVERO.

Pero ¿tienes certeza
Que no te quiere?

CARLOS.

En mis barbas
Ella misma me lo ha dicho.

SEVERO.

¿Y te casas?

CARLOS.

Sí.

SEVERO.

¡Caramba,
Y qué valor!

CARLOS.

Si ha de ser,
Lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
Yo no tengo repugnancia
Al estado...

SEVERO.

Ya lo veo.

CARLOS.

Además, he visto tantas
Que me juraban cariño,
Y entonces me la pegaban.
Que ¿quién sabe si mi Flora
Tendrá, al fin, la extravagancia
De adorarme? Ella es mujer
Y yo soy hombre.

SEVERO.

Mil gracias
Por la noticia.

CARLOS

Pues mira,
En estas dos circunstancias,
Y con la ayuda del tiempo
Fundo toda mi esperanza.
La posesion y el amor
Riñen pronto, se separan,
Y cuando mas, la amistad
Suele ser quien la reemplaza.
Así, supuesto que todos
Tarde ó temprano se igualan,
Es fuerza que me concedas
Llevo á todos la ventaja
De empezar por donde siempre
Ellos concluyen.

SEVERO.

¡Qué ganga!

CARLOS.

Yo me caso como juego:
Pienso perder cuantas cartas
Apunto, las pierdo, ¡bueno!
Otra cosa no esperaba.
Pero si se dan los sietes
Me trago banquero y banca;
Que solo soy jugador
De bonitas, y quien gana
Con ellas, gana dos veces
Si logra provecho y fama.

SEVERO.

Si tal concepto tuviese
Del bello sexo me ahorcaba
Primero que me casase.
Qué, ¿yo mismo arriesgara
Al capricho de un buen dado
Mi dicha, la de mi casa,
La de mis hijos... ¡Oh! nunca,
Nunca jamás me casara
Si tal creyese. Yo busco
Para mi esposa en tu hermana
Una mujer cariñosa,
Amable, fiel, moderada;
Una madre de familias
En el cumplimiento exacta
De los inmensos deberes
De su estado, una apreciada
Amiga, cuyo consejo
Me dirija, y cuya sana
Doctrina pueda servirme
De norte, por fin, un ama
De casa, que cuidadosa
Sepa dar á tanta máquina
El impulso conveniente.
Esto busco.

CARLOS.

Dime, ¿y si hallas
En vez del melon que buscas
Una insulza calabaza,
Qué tal?

CARLOS.

Se indigestaria.

SEVERO.

Pues por si fuesen mal dadas
Compra jarabe de altea,
Y tenlo á mano.

SEVERO.

¡Qué gracia!

CARLOS.

Segun eso, ¿tú no apruebas
Mi eleccion?

SEVERO.

¿Quién? ¿yo aprobarla?
Ni por pienso.

CARLOS.

Pues, Severo,
Si supieras lo que falta...

SEVERO.

Pero hombre, ¿qué faltar puede?

CARLOS.

No es tampoco una cosaza
Del otro jueves; simplezas,
O si tú quieres niñadas
De mi novia.

SEVERO.

Y bien, tu novia...

CARLOS.

Mi novia está enamorada.

SEVERO.

¿De tí?

CARLOS.

No por cierto.

SEVERO.

Alabo
La frescura.

CARLOS.

¿Importa nada?

SEVERO.

Nada, pues tú te conformas.

CARLOS.

¿Y quieres que me asustara
De una simple niñería?
No por cierto. Flora estaba
Por san Fermin en Pamplona...

SEVERO.

¿Este año?

CARLOS.

Sí, este año.

SEVERO.

¡Calla!
Y yo tambien: sigue, sigue.

CARLOS.

Allí en la calle, en la plaza
De toros, ó en el paseo,
(No sé bien dónde se hallaba)
Pero lo cierto es que vió
Un hombre, cuya bizarra
Presencia, cuya finura
Y porte la enamorara.
Desde entonces tan galan
Belianis no se separa
Ni un instante de su idea,
Y le ha jurado constancia
Eterna, bien que mental,
Y un si es ó no es temeraria,
Porque ni sabe su nombre,
Ni su estado, ni su estancia,
Ni su genio, ni siquiera
Si él echó de ver la llama
Amorosa que encendió
Su simple vista en mi amada.

SEVERO.

¡Extraño caso!

CARLOS.

Antes no:
Sino le habló una palabra
En su vida, ¿cómo diablos
Puede saberlo?

SEVERO.

Me pasma
Semejante idolatría.

CARLOS.

Y ahora bien, ¿es cosa extraña
No tema ya tal rival?

SEVERO.

No es temible, mas repara
Que este hecho, sin embargo,
Siempre indica que exaltada
Y novelesca tu Flora
Es un poco estrafalaria.
¿En qué cabeza, dí Carlos,
Que esté un poco organizada
Puede caber tal amor?

CARLOS.

En la de mi Flora se halla:
¡Ha leido tanta novela!...

SEVERO.

¡Malo!

CARLOS.

¡Ay! no me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
Pero es muy aficionada
A los librotes de historia.

SEVERO.

Eso es distinto.

CARLOS.

Se pasa
Las noches de claro en claro
Leyendo á nuestro Mariana,
Cuando no son los anales
De Tácito ó la Farsalia.

SEVERO.

¡Oh! ¿Pues sabrá latin?

CARLOS.

¿Latin?

SEVERO.

Pues.

CARLOS.

Si sabrá, vaya,
Al menos el que sabian
Las madres de santa Clara
Cuando estuvo en su convento.

SEVERO.

¿Luego estuvo con Tomasa?

CARLOS.

Precisamente. Si son
Uña y carne.

FERMIN.

¿Carlos? (*Desde dentro.*)

CARLOS.

¡Gracias (*Ap.*)

A Dios, que ya no podia
Mentir mas! Mi padre llama,
Y es fuerza ver lo que ordena:
Mas ya sale.

ESCENA VI.

DON FERMIN, DON PEDRO *y* DICHOS.

SEVERO.

Ya tardaba
A mi impaciencia, señor,
La hora tan afortunada
De estrecharos en mis brazos.

FERMIN.

Apriete usted, buena alhaja,
Que bien tiene que apretar,
Si á fuerza de brazos trata
De pagarme mi cuidado.
¿Es hoy lunes?

SEVERO.

Mi tardanza
Fuera en verdad reprensible,
A no ser involuntaria.

FERMIN.

Ya es usted buen perillan.
Anoche eran las diez dadas,
Y espera que espera; si,
No eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
Y no es extraño, que estaba
Cociendo desde las cinco:
Hasta la maldita gata,
Por entretener el hambre,
Afianzó un capon, que daba
Envidia: no hubo remedio,
Todo lo llevó la trampa;
Y gracias á las gallinas,
Y á que jamás huevos faltan
En casa, porque sino
La cena fuera ensalada
Muy fresca y muy picadita,
Pero de endeble sustancia
Para estómagos navarros.

SEVERO.

¡Cuánto me pesa!...

FERMIN.

Desgracias
Como las de anoche, nunca,
Nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
Se cayó de la colada
En la caldera, y allí estuvo
Un cuarto de hora.

SEVERO.

¡Muchacha
Infeliz! Se coceria.

FERMIN.

No, porque estaba sin agua
Casualmente, mas con todo
Se tiznó manos y cara.

CARLOS.

Y el susto tambien se cuenta.

PEDRO.

Si en ello usted no se enfada
Dejarlo para otro dia,
Y sepamos por qué causa
Este caballero pudo
Detenerse.

SEVERO.

Fueron faltas
De un criado, que no merecen
Vuestra atencion.

FERMIN.

¡Calla, calla!
Olvidado se me habia:
¡Pobre Gaspar! con la zambra
De anoche está mi cabeza
Como una cesta de ranas.

SEVERO.

¿Conoce usted á Gaspar?

FERMIN.

El pobre cuitado acaba
De hablar conmigo.

SEVERO.

¿Y ha tenido
La osadía?...

FERMIN.

¿Es menester tanta
Cuando se pide perdon?
Vaya, que vuelva á tu gracia,
Y pelitos á la mar.

SEVERO.

Yo quisiera que empleara
Usted mejor mi obediencia.

FERMIN.

Si le he dado mi palabra
¿No es fuerza que se la cumpla?

SEVERO.

Repare usted...

FERMIN.

No repara
En nada mi caridad.
Si al caido no se levanta,
Solo porque tropezar
No ha debido, ¿quién pasara
Por las calles?

SEVERO.

Yo no soy
De ese parecer. El que anda,
Debe saber cómo pisa,
Y si tropieza, que caiga
Enhorabuena; pues torpe
El equilibrio no guarda

FERMIN.

¿Y no le he de dar la mano?

SEVERO.

No, señor, que si trabaja
Por levantarse; si suda
Por lograrlo; si se afana;
Esta fatiga, este empeño
Dejan recuerdos que bastan
Muchas veces para que
Pueda evitar otras faltas
Iguales; mas si al contrario
Se le ayuda, y se le halaga,
Lo toma por chiste, y cae
Diez veces cada semana.

FERMIN.

Nunca entendí semejantes
Filosofías. La cristiana
Religion de mis abuelos,
Que ayude al caido me manda
Y no mas. ¿Es cierto?

PEDRO.

Cierto.
La ley castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.

FERMIN.

Por supuesto.

SEVERO.

¡Qué ignorancia! (*Ap.*)

FERMIN.

Así, pues, con tu permiso
Me marcho á que Gaspar salga
De dudas.

SEVERO.

Perdone usted:
Mi conducta es arreglada
A mis principios. Jamás
Me separo de la raya
Del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

FERMIN.

¿Esto dices?

SEVERO.

Esto digo.

FERMIN.

Pues amigo, quien desaira
Antes de casarse al suegro,
Casado lo descalabra
Cuando menos, y en verdad
Que esta entrada de pavana
Me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA *y* DICHOS.

TOMASA.

Tio,
¿Se echa vinagre á la salsa
Del pato? ¡Ay, Jesús mil veces!

CARLOS.

¿Qué te asusta?

FERMIN.

Alguna rata,
Sin duda, que se pasea,
Segun costumbre.

TOMASA.

¿Me engaña
El deseo? ¿Sois vos, señor? (*A D. Severo.*)

SEVERO.

Y yo ¿qué soy?

TOMASA.

Nada, nada.
Perdonad: mi fantasía,
Sí... cuando... ¡el cielo me valga!

FERMIN.

Desmayóse.

PEDRO.

Sostenedla.

SEVERO.

No sé lo que por mí pasa. (*Ap.*)

FERMIN.

Don Severo, ¿qué es aquesto?

SEVERO.

Yo ¿qué sé?

FERMIN.

Si habrá entruchada.

PEDRO.

Un poco de éther seria
Muy bueno.

CARLOS.

No tal, echadla
Agua fresca solamente.

FERMIN.

Sí, que despues calaguala

La daremos para el susto
Que don Severo la causa.

SEVERO.

Pero ¿en qué asustarla puedo?

PEDRO.

Ya vuelve en sí.

CARLOS.

Albricias, alma.

FERMIN.

Hija mia, digo, sobrina,
Responde por Dios... Palabra. (*A D. Pe-*
¿Cómo se llama hoy la chica? [*dro ap.*)

PEDRO.

Flora.

FERMIN.

¡Ah! sí: Flora, muchacha,
Vuelve en tí.

TOMASA.

¡Ay Dios!

FERMIN.

Don Severo,
Si Flora en usted repara
Quizá vuelva á desmayarse:
Háganos usted la gracia
De separarse un poquito,
Un poco mas... á la espalda
De nuestro alcalde.

SEVERO.

Paciencia. (*Ap.*)
Y veamos en lo que para.

TOMASA.

¿Dónde estoy?

CARLOS.

En el estrado.

TOMASA.

¿Quién son, pues, estas fantasmas
Que me rodean?

CARLOS.

Son tu tio,
Un primo que te idolatra,
Con el alcalde mayor;
Y en fin, nuestro don...

FERMIN.

¡Caramba!
¿Qué es lo que vas á decir?

CARLOS.

Es verdad.

FERMIN.

¿Quieres matarla?

SEVERO.

Pues, señor, estamos frescos: (*Ap.*)
No hay duda que es de una extraña
Brillantez el papelito.

TOMASA.

Permitid que me retire.

PEDRO.

Sí, es mejor: Carlos, llevadla,
Conducid á vuestra prima.

FERMIN.

Que se eche sobre la cama,
Si no quiere desnudarse.

PEDRO.

Cuidado con las ventanas
Y las puertas.

CARLOS.

Vamos, prima.

PEDRO.

Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

DON SEVERO, DON FERMIN *y* DON PEDRO.

FERMIN.

¡Pobre Flora, pobre Flora,
Tan jóven, tan desgraciada,
Señor! cuidado que es obra.

PEDRO.

Sosegaos.

FERMIN.

Se me traspasa
El corazon siempre que
Sucede.

SEVERO.

Pues ¿se desmaya
Muy á menudo?

PEDRO.

Padece
Unos vapores...

FERMIN.

¡Mal hayan
Los vapores! Nunca, nunca
He conocido en mi infancia
Semejante enfermedad:
Entonces solo se usaban
Indigestiones, viruelas,
Golondrinos, almorranas,
Y otros males conocidos;
Pero ahora todo es de estrangia:
Histérico, nervios, bilis,
Flato ardiente, y calabazas

Fritas, y Dios me perdone:
Porque me lleve la trampa,
Notando que hasta el morirse
Ha de ser á uso de Francia.

PEDRO.

Es preciso seamos justos.
Una jóven educada,
Como se acostumbra hoy dia,
Es fuerza padezca varias
Dolencias desconocidas
A sus madres, que ignoraban
Por necesidad sus nombres:
Verbigracia : una extremada
Aficion á la lectura,
Muchas veces arrebata
El calor á la cabeza,
Y de ahí se siguen las bascas,
Las jáquecas, los vapores,
Y otros alifafes.

FERMIN.

¡Brava
Dificultad! ¿Pues hay mas
Que no leer?

PEDRO.

Señor, ¿qué dama
Pudiera alternar entonces
En cuestiones literarias,
Como hoy alternan?

FERMIN.

¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
Aun que no supo de letras,
Siempre estuvo embarazada
O pálida; y esto es, amigo,
Lo que ser madre se llama.

PEDRO.

¿Y quién puede disputar
A mi señora doña Ana
Lo que ganar así supo?

FERMIN.

Además, ¿qué fruto sacan
Con todas esas lecturas?

SEVERO.

Poco ó nada, si son malas:
Si son buenas y escogidas
Mucho; pues hallarán sana
Doctrina, máximas puras,
Ejemplos, modelos, sabias
Instrucciones...

FERMIN.

Y tambien
Embelecos y patrañas.

SEVERO.

Conque ¿no hallará una jóven,
Si lee la historia romana,
Que aprender en la firmeza
De una Porcia, en la constancia
De una Lucrecia?

FERMIN.

Hombre, á luengas
Tierras las mentiras largas.
Esas Porcias y Lucrecias,
Si de cerca se miraran,
Se vieran, ni mas ni menos,
Como se ven hoy las Juanas,
Las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

SEVERO.

Eso es ya negar...

FERMIN.

Yo nada
Niego; mas sí dudo.

SEVERO.

Pero...

ESCENA IX.

COLASA *y* DICHOS.

COLASA.

La cena.

FERMIN.

¡Santa palabra!
¿Y Flora?

COLASA.

Cena en su cuarto.

FERMIN.

¿Y Carlos?

COLASA.

Está en la sala
De comer.

FERMIN.

Y diga usted, (*A don Severo.*)
¿Doña Lucrecia cenaba?

SEVERO.

Es natural.

FERMIN.

Pues entonces,
Cenemos todos, que tarda
A mi estómago este instante.

SEVERO.

¡Ay don Fermin! me olvidaba
De entregaros un dinero,
Que me dieron en Tafalla
Para vos.

FERMIN.

Ya me lo avisa
Don Jaime: tiempo hay mañana.

SEVERO.

Aquí lo tengo yo en oro.

FERMIN.

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!
Vamos, vamos á cenar.

SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa mas rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA *y* COLASA.

TOMASA.

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
Para el hambriento que aguarda.

TOMASA.

La consecuencia no es buena;
Pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
De que caiga en el garlito
Ese novio desdichado.

TOMASA.

Díme, Colasa, por Dios,
¿Le encontrastes muy galan?
¿Es bizarro?

COLASA.

¡Lindo afan!
Ahora es galan para vos,
Mas no sé lo que será
Cuando os santifique el cura.

TOMASA.

Gala que tan poco dura
Muy mala espina me da.
Sin embargo, te confieso
Que me ha parecido bien.

COLASA.

Si viene á casarse, ¿quién
Puede, señora, hablar de eso?
Pues los hombres mas tranquilos
Son parecidos al paño,
Y mientras no pasa un año
Nunca descubren los hilos.

TOMASA.

Lo mismo de una doncella
Dirán con distintos modos.

COLASA.

Dicen que es Fénix, y todos
Hablan bien sin conocerla.
Solo un diestro cazador
La ve en sus redes cogida;
Mas no temais que en su vida
Disminuya su valor,
Que aquel que suda y se afana
Por coger una nuez verde,
Trabajo y mérito pierde,
Si confiesa que está vana.
Pero hablando de otra cosa,
¿Qué esperais, señora, aquí?
¿Quereis serviros de mí?

TOMASA.

Antes no, siendo forzosa
Necesidad que te alejes
Luego que sintamos ruido;
Y si acaso es mi querido
Severo, sola me dejes.

COLASA.

¿Teneis, pues, que hablar con él?

TOMASA.

Mucho tengo que decir.

COLASA.

¿Y qué?

TOMASA.

Voyle á descubrir
Un secreto.

COLASA.

¿Con qué infiel
Hollando promesa y fe
Vais á decir la verdad?

TOMASA.

¡Jesús, y qué necedad!
Cuando me case lo haré;
Porque antes muy mal hiciera,
Y ninguno se casara
Si una mujer encontrara,
Que la verdad le dijera.
Ahora esta conversacion
Solo á esforzar nuestro enredo
Se dirige.

COLASA.

Tengo miedo
Que como los hombres son
Ladinos y redomados,
No descubra la maraña.

TOMASA.

¡Ay Colasa! les engaña
Su amor propio á los cuitados.
Este sexo protector
Convierte todo en sustancia:
No temo su vigilancia,
Temo mas bien su rencor:
Porque el orgullo ofendido
Perdona muy rara vez.

COLASA.

Marido con altivez
No puede ser buen marido.

TOMASA.

¿Y á quién tal cosa acomoda?
Por eso y por mi sosiego
Tomo cartas en un juego
En que arriesgo amor y boda.

COLASA.

No temais ya, que por vos
Con toditas las mujeres
Está amor.

TOMASA.

¿Y entonces quieres
Que tema?

COLASA.

Señora, adios,
Pues siento abrir la mampara.

TOMASA.

Adios, pues, y el cielo quiera
Que esta mentira primera
No se conozca en mi cara.

ESCENA II.

DOÑA TOMASA, *sola.*

Quiero sentarme y tomar
Una postura elegante,
Compañera de un semblante,
Que demuestre mi pesar.
Apóyese la mejilla
En la mano; el pié pulido
Descanse como al descuido
En el palo de esta silla.
Mis ojos lánguidos, bellos,
Respiren amor y enojos,
Y encubran tan tristes ojos
Mis desgreñados cabellos.
¡Ay! si un espejo tuviera,
No era dudoso el efecto,
Que un amigo tan perfecto
Ni engañara ni mintiera;
Mas si el destino cruel
Me priva de tal consejo,
Sea el interés mi espejo,
Que otros se miran en él,
Y les sale bien la cuenta.
¿Por qué no ha de ser así
Con mi engaño? Ya está aquí:
Quiera Dios no me arrepienta.

ESCENA III.

DON SEVERO *y* DICHA.

SEVERO.

Vaya, ¡y qué pesados son!
Tanto beber y brindar,
Y despues vuelta á empezar
La eterna conversacion
Del abuelo don Rodrigo,
Y del tio don Sempronio:
Parentela del demonio,
¿Quereis acabar conmigo?
Yo pienso que hasta mañana
Permanecen en la mesa
Segun su ninguna priesa.
¡Buen provecho! A la ventana
Me voy á tomar el fresco;
Y á fe que lo necesito,
Pues este vino maldito
De Peralta, es un refresco
Singular para verano.
¡Si quema mas que la lumbre!
Como no tengo costumbre
De beber, y este inhumano
Suegro quiso que bebiese
Como ellos beben, á estajo,
No extrañara que un trabajo
Esta noche sucediese.

TOMASA.

¡Ay Dios!

SEVERO.

Se quejan, suspiran:
¿Quién? pues... mas, cielos, ¡qué veo!
¿Es ilusion del deseo
La que mis ojos admiran?
¿Sois vos, graciosa Florita?

TOMASA.

Sí, señor, la misma soy.

SEVERO.

Mil gracias al cielo doy,
Pues tan bella os resucita.

TOMASA.

¡Lisonjas á mí, señor!
Pienso que os equivocais.

SEVERO.

No sé por qué lo digais.

TOMASA.

Dígolo, porque mejor
Se emplearán en mi prima.

SEVERO.

¿En quién?

TOMASA.

En doña Tomasa,
Que aunque está fuera de casa,
Y no os conoce os estima.

SEVERO.

El amar sin conocer,
No es fácil de concebir,
Porque si amar es sentir,
¿Cómo se siente sin ver?

TOMASA.

Gusto el veros de un humor
Tan grato y tan placentero;
Y sacar partido quiero.

SEVERO.

¿Cómo?

TOMASA.

Pidiendo un favor,
Que espero no me negueis.

SEVERO.

Disponed, Florita hermosa,
De mi ser.

TOMASA.

Es corta cosa:
Tan solo que me escucheis.
Temo, caballero,
Que os ha de cansar
Mi triste relato;
Pero pues que ya
Fuí tan infelice
Que disimular
No supe esta tarde,
Por Dios perdonad,
Y sabedlo todo,
Porque mi pesar
Ha llegado al punto
En que es fuerza optar
Entre odio y desprecio;
Y en apuro tal,
Del odio prefiero
Experimentar
La herida dudosa
Y no la mortal
Con que los desprecios
Matan sin chistar.
Bien sé que mi tio,
Lleno de bondad,
Habrá disculpado
A mi ceguedad.
Tambien os diria,
Que una enfermedad
Es solo la causa
De todo mi mal.
¡Donosa bobada
De un viejo que ya
Olvidado tiene
Qué cosa es amar!
¡Ay, no há mucho tiempo
Que mi mocedad
Alegre ignoraba
Del cielo sagaz
Los fieros ardides,
La impune maldad!
Pensaba yo entonces
Que ni el bien ni el mal
Pudieran un dia
Turbar mi orfandad:
Gozosa burlaba
En mi oscuridad
Los títulos vanos,
Las honras que dan
Orgullo á los ricos,
Al triste pesar.
¡Dichosa mil veces,
Si tanta humildad
Con tanta ventura
Pudiesen durar!
Mas no, que huyó luego
Mi felicidad,
Luego que la flecha
Sentí del rapaz.
¡Mal haya este instante
Para mí fatal!
Pues perdí la dicha,
Y hallé en su lugar
Dudas, sinsabores,
Envidia falaz,
Y celos, y celos,
Que son el dogal
Que al enamorado
Incomoda mas.
Esta digresion,
Señor, perdonad,
Que una amante lengua
No sabe callar;
Y vamos al caso.
Siete meses há
Que estuve en la feria,
Allá en la ciudad,
Por la temporada
En que todos van
(Los buenos navarros
Digo) á celebrar
Comiendo y bebiendo
La festividad
Del santo Patrono.
Allí cuando mas
Descuidada estaba,
Ví cierto galan.
Ignoro quién sea,
Que una principal
Mujer, por recato
No puede saciar,
Como otras mujeres,
Su curiosidad.
Pero sea quien fuere,
Yo no puedo amar
Sino á aquel que supo
Con solo mirar
Fijar mi inconstante
Grata veleidad.
Volvíme á la aldea,
Creyendo encontrar

En ella el sosiego
Que huyó en la ciudad.
¡Insensata, cuánto
Me pude engañar!
¿Sosiego un amante?
Mas fácil es dar
Constancia á la suerte,
Límites al mar.
Si al menos pudiera
En la soledad
Del bosque sombrío
Quejarme y llorar:
Si no me inquietasen,
No fuera yo tan
Desafortunada;
Pero por mi mal
Se empeña mi tio
Que me ha de casar
Con mi primo Carlos,
A quién yo jamás
Podré hacerle dueño
De una voluntad
Que está enajenada
Y es mala de dar.
En vano les dije
Toda la verdad;
En balde eché mano
De la seriedad,
Del desden severo,
Del odio mortal,
De cuantos afectos
Pueden demostrar
Mi acerbo disgusto,
Y su necedad.
Todo ha sido en vano,
Y contrarestar
La razon no puede
A su terquedad.
Mi boda y la vuestra
Se han de celebrar
En un mismo dia.
Yo no os digo mas.
Si sois caballero,
Si sabeis amar,
Vuestra cortesía
Puede adivinar
Lo que yo no digo;
Y reflexionad
Que el que es bien nacido
Obra como tal,
Y en nada lo prueba
Mas que en respetar
La flaca modestia.
Don Severo, obrad,
No por lo que dije,
Si porque callar
Debí, y porque os toca
A vos lo demás.

SEVERO.

Lo que ahora llego á entender
No sé si deba dudar.

TOMASA.

Será porque el desconfiar
Acompaña al merecer.
Mas no perdamos, señor,
Nuestro tiempo en platicar,
¿Puedo tranquila contar
Con vuestro auxilio y favor?
Al menos por compasion,
Ya que otra cosa no sea,
A esta union que se desea,
A esta aborrecida union
¿Os opondreis?

SEVERO.

Sí, mi bien,
O quien soy no seré yo.

TOMASA.

¿Y lo prometeis?

SEVERO.

¿Pues no?

TOMASA.

¿Y lo jurareis tambien?

SEVERO.

Pongo al cielo por testigo,
Y lo juro á vuestros piés.

ESCENA IV.

CARLOS *y* DICHOS.

CARLOS.

Pues el juramento es
Mas de amante que de amigo.

TOMASA.

Señor don Carlos, si en daño
Tan vuestro escuchasteis necio,
Agradeced un desprecio
Que os produce un desengaño.
La ley castiga al sugeto
Que robar lo ajeno trata,
Y el amor al que arrebata
La posesion de un secreto.
Culpad vuestra necedad
Que aquí tan mal os sirvió,
Y no os quejeis porque yo
Siempre os dije la verdad.
Aunque vos una corona
Me pusierais á los piés,
No la admitiera, pues es
Vuestro amigo el de Pamplona.
Y pues ya tuve el consuelo
De ver lo que apetecia,
Voy á gozar mi alegría
A solas. Guárdeos el cielo.

ESCENA V.

DON SEVERO *y* DON CARLOS.

CARLOS.

Hombre vil, mal caballero,

Falso amigo, humana fiera,
Engañoso cocodrilo,
O venenosa culebra
Que abrigó mi triste pecho;
Dí, vascongada pantera,
Por casualidad nacida
Entre los montes de Azpeitia...

SEVERO.

Carlos, calla, ¿estás borracho,
O has perdido la chaveta?
No añadas mas disparates
A tamañas desvergüenzas.
Qué, para que yo responda
A cuanto preguntar quieras,
¿Necesitas echar mano
De esas palabras groseras,
Que solo mala crianza
O poca razon demuestran?
¿Qué quieres, pues, que te diga?

CARLOS.

Nada ya, porque tu lengua
No puede decirme mas
De lo que sé.

SEVERO.

Pues bien, cesa,
Cesa ya en tales injurias,
Y el partido que convenga
Mejor á tu situacion
Toma.

CARLOS.

Mi intencion es esa.
Y pues el uso establece
Entre hombres de nuestras prendas,
Solo un medio de borrar
Todo género de ofensas,
Ese escojo.

SEVERO.

Dí cuál es.

CARLOS.

Que conmigo al campo vengas.

SEVERO.

Pues ¿á qué?

CARLOS.

A satisfacerme.

SEVERO.

¿Cómo?

CARLOS.

Quedando uno en tierra.

SEVERO.

¡Bueno! Pero no sabia
Que romperme la cabeza
Pudiera satisfacerte.

CARLOS.

¿Qué quieres? Así lo ordena
El que llamamos honor.

SEVERO.

¿Qué derecho se reservan
Entonces las santas leyes?

CARLOS.

En semejantes materias
La opinion y la costumbre
Deciden.

SEVERO.

Pero el que piensa
Con madurez, el que trata
De seguir siempre la senda
Del deber y la virtud,
Debe transigir con ellas.

CARLOS.

Que transija enhorabuena.

SEVERO.

¿En la infamia?

CARLOS.

Pues, ¿y cómo
Se puede llamar la befa,
El desprecio, los baldones,
Que á los prudentes esperan
En premio de su conducta?

SEVERO.

Les sobra con su conciencia.

CARLOS.

¡Muy bien defiendes tu causa.

SEVERO.

¿Es confesion ó indirecta?

CARLOS.

Como quieras entenderlo,
Pero permite que crea
Que ese tono magistral,
Esa estudiada elocuencia
Y una cierta timidez,
Que á pesar tuyo se muestra,
Dan á entender...

SEVERO.

¿Qué?

CARLOS.

Tan solo
Que es mas miedo que prudencia.

SEVERO.

¿Volvemos á los insultos?

CARLOS.

Al contrario: á mí me alegra

Infinito que á tu Flora
Se le ofrezca tan risueña
Perspectiva. Un sempiterno
Marido con la moderna
Cualidad de no gustar
De lances ni de quimeras,
Es un fortunon deshecho.

SEVERO.

¿Callas?

CARLOS.

¿Hay toros de cuerda
En tu lugar? Si los hay
No asistas, porque se llevan
A veces sendos porrazos.

SEVERO.

Ya me falta la paciencia. (*Ap.*)

CARLOS.

Y siempre es mucho mejor
Morir de gota serena.

SEVERO.

Hablador de Barrabás,
Lo que buscas es pendencia,
Y la tendrás porque calles.

CARLOS.

¿Cuándo ha de ser?

SEVERO.

Cuando quieras.

CARLOS.

Pues ahora mismo.

SEVERO.

Ahora mismo.

CARLOS.

¿Tienes padrino?

SEVERO.

¿Tú sueñas?
¡Padrino! Pues ¿quién se casa,
O se bautiza, ó se vela?

CARLOS.

El ceremonial exige
La indispensable presencia
De dos amigos, que juzguen
Si ambos se matan en regla.

SEVERO.

Yo aquí no conozco á nadie.

CARLOS.

Muy bien, y pase por esta.
¿Vamos?

SEVERO.

Vamos.

CARLOS.

Oyes, baja
Poco á poco la escalera,
Que yo voy por las pistolas.

SRVERO.

Cuidado no te detengas.
Bueno es que un loco me obligue (*Ap.*)
A hollar por la vez primera (*Yéndose.*)
Mis principios. ¡Qué remedio
Tiene! Y ¿quién tiene paciencia
Para sufrir sin motivo
Dicterios, insultos, befas
Y provocaciones? Vaya,
Ya no extraño que sucedan
Dos mil lances cada dia,
Y que un hombre de prudencia
Sin gustar de espadachines,
Muchas veces lo parezca.

ESCENA VI.

DON CARLOS, DON FERMIN, COLASA, DOÑA TOMASA *y* DON PEDRO.

CARLOS.

Señores, oid, escuchad
Al rey de armas.

COLASA.

¿Qué me ordena?

FERMIN.

¿Qué quieres?

CARLOS.

Solo deciros
En dos palabras y media,
Que gracias á mis ardides,
Y á su ninguna experiencia,
Tenemos ya al señor mio
Cogido en la ratonera;
Que vamos desafiados,
Que las pistolas no llevan
Sino pólvora, que así
Es probable que no muera
Ninguno, que arrepentidos
De nuestra injusta pendencia,
Juraremos olvidarla;
Y yo lleno de terneza
A mi Flora cederé,
Y mis derechos con ella;
Pero como siempre es bueno,
Que nada de esto lo sepan
Ustedes por disimulo,
Irá, que quiera ó no quiera,
A pasar toda la noche
Al garito de la Pepa.
El fastidio, la ocasion,
Y cierta condescendencia
Que se debe á los extraños,
Harán que juegue, y que pierda

El poco ó mucho dinero
Que lleve en la faltriquera;
Y aburrido y descontento
Lo traeré cuando amanezca
A que ustedes padres graves,
Pongan fin á la comedia.

ESCENA VII.

DON FERMIN, DON PEDRO, COLASA *y* DOÑA TOMASA.

FERMIN.

Carlos, mira, escucha, aguarda.

COLASA.

Sí, llame usted á otra puerta,
Que segun va no le alcanza
Una bala de escopeta.

FERMIN.

¡Válgame Dios con el chico!

PEDRO.

¿Cuál era la intencion vuestra
En detenerlo?

FERMIN.

No sé.
Estas armas me revientan,
Que al fin el diablo las carga.

PEDRO.

Déjese usted de simplezas.
¿No las ha visto cargar?

FERMIN.

Sí; pero...

PEDRO.

¿Pero qué?

FERMIN.

¡Buena
Pregunta! al fin son pistolas.

PEDRO.

Buenas noches.

FERMIN.

Qué, ¿nos deja
Usted?

PEDRO.

Pues ¿hay que velar
Algun enfermo?

FERMIN.

Quisiera
Saber en lo que paraba.

PEDRO.

Amigo, larga la lleva
Usted entonces; porque
Ahora son las diez y media,
Y hasta las siete lo menos...

FERMIN.

Segun eso, me aconseja
Usted me desnude.

PEDRO.

Y que
Duerma usted á pierna suelta.
Fuera lo demás locura.

FERMIN.

No sé si podré.

PEDRO.

Agur.

FERMIN.

Ea,
Hasta mañana temprano,
¿No es verdad?

PEDRO.

Sin duda.

FERMIN.

Buenas
Noches. Nicolasa, alumbra
Al señor... Tú ¿no te acuestas? (*A Tomasa.*)

TOMASA.

¿Por qué no?

FERMIN.

¡Como es tu novio!

TOMASA.

¿Qué importa para que duerma?
Demasiado velaré
Luego que ya no lo sea;
Porque entonces los cuidados,
Ya ve usted, siempre desvelan.

FERMIN.

Tienes razon, hija mia,
Duerme bien, y toma fuerzas
Para sufrir los cuidados
Que, segun dices, te esperan.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA.

DON SEVERO *y* DON CARLOS.

CARLOS.

¿Quién pudiera preveer
Que te cegaras, maldito?

SEVERO.

Todo el que entra en un garito
Ha de jugar y perder.
Así nada es de estrañar
Que yo jugara y perdiera;
Lo que sí me desespera,
Es me dejase arrastrar
Por un loco como tú
A esa lóbrega mansion.

CARLOS.

Es casa de diversion.

SEVERO.

Es casa de Bercebu.

CARLOS.

¿Aun la cólera te dura?
¿Qué viste tan malo allí
Que así te altera?

SEVERO.

Yo vi
Un infierno en miniatura,
Y no merece otro nombre,
Porque se deja al entrar
Cuanto puede recordar
Los privilegios del hombre.
En un ahumado aposento,
Anegado en porquería,
He visto en un solo dia
Lo que no pudiera en ciento.
Sobre una mesa ó bufete
Allí un mandil se descubre,
Que mas empuerca que encubre,
Y al que se llama *tapete*.
Yace encima un mal belon
Moribundo, desdichado,
Quien, á pesar de su estado,
Manifestó la intencion
Que de alumbrarnos tenia;
Mas le faltó un requisito,
Y fué el aceite maldito,
Que estaba en Andalucía.
Pues de esta mesa al redor,
Y por tal luz alumbrados,
Encontramos ya sentados,
Esperando un redentor,
A una porcion de estafermos,
Que por ser desaliñados,
Flacos, puercos y estropeados,
Me parecieron enfermos.
Pero ¡ay Dios y que sudores
Tuve! ¡qué susto me diste
Cuando al oido me dijiste
Estos son los jugadores.
Luego descubrí al banquero
Fumando su cigarrito,
Manejando aquel librito,
O recogiendo dinero.
A bosquejar no me atrevo
Ni sus dedos, ni sus uñas,
No se quejen las garduñas,
O chille un cristiano nuevo;
Pero añadiré sencillo,
Que si le encuentro en la calle,
En lugar de saludarle
Le doy mi capa y bolsillo.
¡Qué juramentos! ¡qué horrores!
¡Qué reniegos! ¡qué porvidas!
Y otras voces conocidas
Tan solo entre jugadores.
Acá gana una *judía*,
Allí las sotas *se dan*,
Piérdese un buen *ganarán*
O quiebra *contra judía*.
Allí sin soga, se *amarra*,
Se *apunta* sin escopeta,
Sin necesidad *se aprieta*,
Se *mata* sin cimitarra:
Tambien *se entierra* sin ser
Doctor ni sepulturero,
Y en fin se pierde el dinero
Sin oir, sin hablar, sin ver.
Estos, amiguito, son
Los primores, que sin tasa
Se encuentran en esa casa,
Que llamas de diversion.
Y no siento, ciertamente,
Haber jugado y perdido,
Sino el haber conocido
Pocilga tan indecente.

CARLOS.

Es verdad; pero disculpa
Tengo, y sabes que el entrar
Fué solo disimular.

SEVERO.

No: tú no tienes la culpa:
Bien lo sé. La culpa es mia,
Mi confesion es bien clara,
Y obré anoche, cual obrara
Un chico de escuela pia.
Si yo hubiera despreciado
Tus brabatas, si me rio
Y no admito el desafio,
Todo estaba remediado.
El deber y la amistad
Me lo mandaban así,
Y aunque yo lo conocí
Me cegó la vanidad.
Luego, ya se vé, quisimos
Disimular este error,
Cometiendo otro mayor.
¿Y que es lo que conseguimos
Pasar una noche entera
Mezclados con gariteros,
Malgastar nuestros dineros,
Y perder la lisongera
Opinion de la honradez.

CARLOS.

¿Y quién saberlo podrá?

SEVERO.

La conciencia.

CARLOS.

Callará.

SEVERO.

¿Calla jamás este juez?

CARLOS.

Vamos, vamos, ten paciencia,
Que segun voy entendiendo,
Aun están todos durmiendo
En casa; y por consecuencia
Nuestra falta no han notado.

SEVERO.

¿Y los criados?

CARLOS.

¿Presumir
Quieres que lo han de decir?

SEVERO.

Un secreto en un criado
Se indigesta luego, luego.

CARLOS.

Es que yo les prevendré
Que callen.

SEVERO.

Peor.

CARLOS.

¿Y por qué?

SEVERO.

Porque pierdes criado y ruego.
Depender del dependiente,
Es trocar los frenos, Carlos;
Y quien llega á equivocarlos
No deshace fácilmente
Tamaña equivocacion,
Lográndose de este modo
Que uno pierda su acomodo,
Y el otro su estimacion.

CARLOS.

No importa, voyles á hablar.

SEVERO.

¿Al fin te decides?

CARLOS.

Sí.

SEVERO.

Haz lo que quieras, y dí,
Pues vas adentro, á Gaspar,
Que venga sin dilacion.

CARLOS.

¿Tienes algo que mandarle?

SEVERO.

Sí: se me ha ocurrido enviarle
A casa.

CARLOS.

Alguna comision
Para el viejo, eh?

SEVERO.

Pues.

CARLOS.

Ya estoy:
Quizá será por dinero.

SEVERO.

Hombre no seas majadero:
Anda si quieres.

CARLOS.

Voy, voy.

ESCENA II.

DON SEVERO *solo.*

SEVERO.

¡Ya mi paciencia se apura!
No existe mayor tormento
Que estar uno descontento
De sí mismo. ¡Qué locura
La de anoche, y qué vileza
Al mismo tiempo! ¡Qué! ¿Es dable
Que, jugador miserable,
Perdiera yo la cabeza,
Hasta el punto de jugar
Dinero que no era mio?
Y despues de un desafío...
Y despues de enamorar
La novia de quien me debe
Su primera educacion!...
Pues, señor, en conclusion,
Soy un pícaro, un aleve.
¿Y era yo quien presumia
No tener ningun defecto?
¿Era yo el hombre perfecto?
Y al primer tapon... Daria
Cuanto tengo y tener puedo
Por morirme ahora, ahora...
Pero, ¡es tan linda esta Flora!
¿Y quién sabe si por miedo
Hubieran todos tenido
Mi prudencia?... A nadie agrada
Pasar por cobarde... y nada
Mas simple que enfurecido
Cuando Carlos me injurió,
Me acordase que primero
He nacido caballero
Que no su amigo... pues no,
No he sido tan delincuente;
Y cuanto mas reflexiono
Encuentro mas en mi abono.
Si Gaspar va diligente,

Y vuelve con el dinero,
Antes que este don Fermin
Me lo pida, ya por fin
Del mal el menos. Yo quiero
Suponer por un momento
Que se ignore lo ocurrido:
Entonces nada hay perdido.
Pues bien; tomemos aliento,
Que quizá no se sabrá,
Y siempre que en adelante
Viva mas cauto, es constante
Que el mundo me apreciará
Como me apreció hasta aquí.
Bien dice Carlos, que soy
Muy tímido: así desde hoy
He de ser lo que antes fuí.

ESCENA III.

DON SEVERO *y* GASPAR.

SEVERO.

¿Gaspar?

GASPAR.

Señor, os confieso
Que yo he sido un malandrin,
Un borracho, un puerco-espin.

SEVERO.

Vamos, no hablemos ya de eso:
Si la primera impresion
De una culpa nos altera,
Luego la hacen mas ligera
El tiempo y la reflexion.
Así que ya no me irrita
Lo que ayer juzgué gran culpa.

GASPAR.

Cuando mi amo me disculpa (*Aparte.*)
Sin duda me necesita.

SEVERO.

Siempre fiel te he conocido,
Servicial, de buen humor.

GASPAR.

¡Ay que me alaba, señor! (*Aparte.*)
¿Qué es lo que habrá sucedido?

SEVERO.

Y darte una prueba quiero,
Gaspar, de mi estimacion,
Enviándote en comision
A casa.

GASPAR.

¿Por?

SEVERO.

Por dinero.

GASPAR.

¡Ya!

SEVERO.

A mi padre has de decir
Algun cuento, una ficcion,
Que perdí por distraccion
La bolsa, que...

GASPAR.

Eso es mentir.

SEVERO.

Mentir no, que en realidad
Para dañar no conspira.

GASPAR.

Ello no será mentira,
Mas no es decir la verdad.

SEVERO.

Conque ¿no quieres?

GASPAR.

Querré
Si usted lo toma á su cuenta.

SEVERO.

Tu escrúpulo me rebienta.
Si tomo...

GASPAR.

Pues mentiré.

SEVERO.

Le dirás que en Villafranca
Me ha sucedido un fracaso...
Cualquier cosa, porque el caso
Es que no tengo una blanca;
Pero por Dios te suplico
Que vayas y vuelvas pronto.

GASPAR.

¡Toma! Pues ¿soy yo algun tonto?
Voy á ensillar el borrico
De don Fermin.

SEVERO.

¿Estás loco?
¿En borrico?... dáme risa.
Si esto llamas ir aprisa
¿Qué será tu poco á poco?
No, señor, has de alquilar
La mejor mula de paso,
Y dia y noche (este es el caso)
Has de andar sin descansar.
¿Lo entiendes?

GASPAR.

Si que lo entiendo.

SEVERO.

Pues bien, marcha á prevenir
Mula y alforja.

GASPAR.

¿Y me he de ir
Sin carta de usted?

SEVÉRO.

Corriendo
Voy á escribir una esquela
Para padre que razon
Tienes.

GASPAR.

Pues, señor, alon.

SEVERO.

Oyes, no olvides la espuela.

ESCENA IV.

DON SEVERO, *solo.*

¡Cuánto cuesta el enmendar
Un error! si se supiera,
Mas fácil mil veces fuera
Obrar bien, que no faltar.
Y aunque nuestro orgullo es ciego,
El desengaño no es mudo,
Por eso lo que no pudo
El crímen, lo puede luego
La vergüenza de que clara
Se descubra su fealdad.
¡Qué compasion en verdad
Merece el que se separa
De la línea del deber!
¡Infeliz! Harto le cuesta,
Y el tiempo me manifiesta
Lo que no supe entender,
Cuando venturoso el nombre
Ignoraba del disgusto;
Mas ¡ay! que siempre fué injusto,
Si fué venturoso el hombre.

ESCENA V.

DON PEDRO *y* DICHO.

PEDRO.

¡Cuánto agradezco á mi estrella
Don Severo el encontraros
Solo!

SEVERO.

¡Ola, señor don Pedro!
¿Levantado tan temprano?

PEDRO.

¡Ay amigo de mi vida!
Siempre madruga un cuidado.

SEVERO.

Es verdad.

PEDRO.

Y por desgracia
Yo me encuentro hoy en el caso
De necesitar consejos,
De reclamar los sagrados
Derechos de la amistad.

SEVERO.

Pues ¿cómo?

PEDRO.

Solos estamos,
Supongo...

SEVERO.

Sí.

PEDRO.

Es que sintiera
Que pudieran escucharnos,
Y despues...

SEVERO.

No tema usted,
Pues aun no se ha levantado
Don Fermin, y la familia
Anda en sus quehaceres.

PEDRO.

¡Bravo!
Nada entonces me detiene.

SEVERO.

¿Qué será esto? (*Aparte.*)

PEDRO.

Amigo, me hallo
En un fiero compromiso.

SEVERO.

¿Y puedo serviros de algo,
Señor don Pedro?

PEDRO.

Si tal,
Me podeis servir de tanto,
Que solamente confio,
Para salir del barranco
En que estoy, en vuestro celo,
En la amistad, en el raro
Y prodigioso talento
Que os adorna.

SEVERO.

Demasiado
Me honra usted, amigo mio;
Y os suplico, que dejando
Esos elogios, digais
En que tan afortunado
Podré ser, que útil os sea.

PEDRO.

Pero siempre es necesario
Establecer los motivos
Que me impelen á buscaros.
De otro modo os sorprendiera,
Sin duda que entre los varios
Amigos que tengo, os busque
Y prefiera, siendo el lazo
Que nos une tan reciente;

Y esto fuera muy extraño
A no mediar lo que media.
Mas, amigo, vamos claros,
Nunca se repara en fechas
Cuando se necesita.

SEVERO.

Hartos
Ejemplos pueden citarse
De esta verdad.

PEDRO.

Yo ahora trato
De buscar un hombre serio,
Justo, desinteresado,
Imparcial, fiel, virtuoso,
Y este sois vos.

SEVERO.

El retrato (*Ap.*)
No es del todo parecido.

PEDRO.

Sus luces de usted, sus vastos
Conocimientos, sus rectos
Principios, y su exaltado
Amor á la virtud, pueden
Asegurarme que el sano
Consejo que necesito,
Estará exento de humanos
Intereses, de pasiones,
Y de esos afectos bajos,
Que dirigen comunmente
Los que damos y tomamos.

SEVERO.

En lo que alcanzan mis luces,
Señor don Pedro...

PEDRO.

Bien. Paso
Al asunto. Yo me encuentro,
Como juez y magistrado,
En la dura alternativa,
En el caso triste y raro
De tener que atropellar
Un amigo, ó los sagrados
Derechos de un ministerio
Terrible, mas necesario.

SEVERO.

¿Y este amigo ha delinquido?

PEDRO.

La ley le condena.

SEVERO.

¿El caso
Os parece tan difícil?

PEDRO.

Si me parece; pues varios
Incidentes favorecen
Y escudan su atropellado
Arrojo. Luego es mi amigo,
Nos tratamos como hermanos
Ambas familias, y es fuerte
Cosa verse precisados...

SEVERO.

Pero la ley.

PEDRO.

En cuanto á eso
No puedo disimularlo;
Le coge de medio á medio.

SEVERO.

Pues, señor, un magistrado
No debe entonces dudar;
Y es un crímen el retardo
Mas pequeño, la menor
Dilacion, si fuere en daño
De su augusto ministerio.

PEDRO.

Ni yo de ofenderlo trato;
Pero pudiera, como hombre,
Encontrar mas avisado
El medio de conciliar...

SEVERO.

Imposible es encontrarlo.
La ley indica la senda,
Y el juez los ojos cerrados,
Debe seguirla y llegar
Al fin propuesto. Si incauto
Los abre, arriesga el perderse,
Pues buscará los atajos,
Y con ellos los peligros.

PEDRO.

¿Con que prescindo de cuanto
Me interese en su favor?

SEVERO.

Sí, señor, ó vais errado,
Y no os parezca tampoco
Que haceis un extraordinario
Sacrificio. No, en la historia
Encontrareis un romano
Dictador que condenó
A su hijo. Tambien un Casio
Y un Bruto que dieron muerte,
Uno al padre, otro al amado
Bienhechor. En fin, mil hechos
Iguales, que demostraros
Podrán, cuanto los afectos
Se miran subordinados
A los deberes, y cuánta
Gloria nos da el sujetarlos.

PEDRO.

Mil gracias, amigo mio.
Confieso habeis disipado
Todas mis dudas, y pronto,
Pronto conocereis si hago
Caso de vuestras consejos.

SEVERO.

¡Ola! ya se ha levantado
Don Fermin.

PEDRO.

Tanto mejor,
Ahora vereis lo que valgo
Cuando amigos como vos,
Me infunden valor.

SEVERO.

El diablo
Me lleve, si yo comprendo
Qué analogía...

ESCENA VI.

DON FERMIN, DOÑA TOMASA, DON CARLOS, COLASA *y* DICHOS.

FERMIN.

¡Levantados;
Y á estas horas ya en visita!
Pues esto, ó mucho me engaño,
O es pedirme chocolate.

PEDRO.

Sí, chocolate, el que traigo
No es muy bueno para usted.

FERMIN.

¡Oiga!

PEDRO.

Soy muy desgraciado,
Don Fermin.

FERMIN.

¿Qué dice usted?

PEDRO.

¿Y he de ser yo, cielo santo,
Quien entregue esta familia
Al dolor?

FERMIN.

Pues ¿cómo? claro,
Diga usted lo sucedido,
Qué esos gestos y estos ascos
Me matan á confusiones,
Y me indican...

PEDRO.

Mucho y malo
Deben indicar á usted,
Y nunca hubiera encontrado
En mi bastante valor
(Lo confieso) para daros,
Siendo tan amigo vuestro,
Semejante trabucazo,
Si los prudentes consejos
Del hombre que estais mirando,
Mis deberes, como juez,
No me recordasen sabios;
Si una lógica elocuente
No me hubiese demostrado,
Que la ley no tiene amigos,
Sino aquellos que observando
Sus preceptos, siguen siempre
Que ella ha trazado.
Por eso, al fin me decido...
Y á mi pesar... violentando
Mis afectos... he venido...

PERMIN.

¿A qué, señor? Concluyamos.

PEDRO.

A prender á don Carlitos.

SEVERO.

¡Qué escucho! (*Ap.*)

FERMIN.

¿Qué es esto, Carlos?

CARLOS.

Lo ignoro, y como no sea
Por un lance, un altercado
Que con un desconocido
Tuve ayer noche, no caigo
En lo que pueda ser.

FERMIN.

Vaya. (*A don Pedro.*)
¿Es esto?

PEDRO.

Lo han acertado
Ustedes.

FERMIN.

¿Y tal friolera
Bastará para...

PEDRO.

Despacio,
Señor don Fermin, que yo
No soy ningun mentecato
Para obrar tan de ligero.
Sepa usted que han delatado
A Carlos por desafío
Tenido anoche: por varios
Conductos me vino el soplo;
Y yo, como magistrado,
No puedo disimular
Un hecho que saben tantos.
Fuera esto comprometerme
Sin ton ni son, y en tal caso
El individuo...

FERMIN.

Ya entiendo
Y despues aconsejado
Por don Severo...

PEDRO.

Cierto.

FERMIN.

Hombre
¿Está usted endemoniado?
¡Este es un cuñadicidio!

SEVERO.

Señor don Fermin, reclamo
Vuestra indulgencia. Escuchadme
Y juzgadme si he faltado
Al deber, ó á la amistad.

FERMIN.

Déjeme usted por san Pablo. (*Alejándose*
A lo menos si ya hubiesen [*de él.*)
Ustedes emparentado,
Anda con Dios, que no fuera
Usted el primer cuñado,
Ni el último que lo hiciese;
Pero antes es un milagro,
Una cosa nunca vista.

SEVERO.

Carlos, tú que me has tratado
Y me conoces á fondo,
Dí, si me juzgas tan malo,
Tan perverso, que...

CARLOS.

No sé; (*Idem.*)
Pero solo si reparo,
Que no aconsejas muy bien.

SEVERO.

Flora por Dios...

TOMASA.

Muy villano (*Alejándose de él.*)
Vuestro proceder parece;
Suspendo mi juicio, y no hago
Poco.

COLASA.

Oiga usted un consejo (*Idem.*)
Pues parece aficionado.
Quien obra mal hace bien
En callar.

SEVERO.

¡Estoy soñando!
Me desprecian, y huyen todos
De mí, cual si fuera el diablo,
Sin oirme, sin informarse
Tan siquiera hasta qué grado
Soy criminal. ¿Y por qué
Me huyen? ¿Por qué soy malvado?
Porque tengo la apariencia
Contra mí: si así juzgamos
Siempre, no me maravilla
Encontrar tantos culpados.

PEDRO.

Juzgamos, ni mas ni menos,
Lo mismo que aconsejamos.
Cuando no nos duele duro,
Y cuando nos duele blando.

SEVERO.

Diga usted señor don Pedro
A estos señores, si acaso
Pude saber se trataba
De Carlos.

PEDRO.

No le nombramos,
En efecto.

FERMIN.

¡Ola! Pues eso (*Acercándose.*)
Es otra cosa.

CARLOS.

En salvando (*Idem.*)
Tu amistad nada me importa
Lo demás.

TOMASA.

Pues yo no parto (*Idem.*)
Tan de ligero, por eso
Hice muy bien en dudarlo.

COLASA.

Sí, señora, siempre dije (*Idem.*)
Lo mismo.

SEVERO.

¡Qué desengaño,
Y qué leccion! Lo que siento,
Señor don Pedro, y lo estraño
A la verdad, es que usted
Me comprometiese tanto

PEDRO.

Señor, yo busqué un consejo
Que me ilustrase en tamaño
Compromiso; usted no debe
Resentirse, si arrastrado
Por la opinion de sus luces...

SEVERO.

Pero en empeño tan árduo
Usted debió, cuando menos,
Nombrarme al interesado,
Para que yo...

PEDRO.

¿Y qué hace el nombre
Para el hecho?

SEVERO.

Sí, qué Carlos
Es mi amigo, y...

PEDRO.

Se prescinde
De estos febles y mundanos
Afectos, cuando se trata
Del bien social.

SEVERO.

Sin embargo...

PEDRO.

Y sino, acuérdese usted
De aquel dictador romano
Qué me citó, no hace mucho.

SEVERO.

Diré que ha sido un borracho;
Pues de otra suerte no hiciera
Tan repugnante atentado.
La naturaleza nunca
Pierde sus derechos santos,
Y aquel que los desconoce
Es imbécil, ó malvado.

PEDRO.

¿Y Bruto?

SEVERO.

¡Oh! no le nombreis:
Fué un parricida.

PEDRO.

Pues Cásio
No le fué entonces en zaga.

SEVERO.

¡Ya se vé!

PEDRO.

Mas lo contrario
¿No digisteis hace un credo?
O al menos lo habré soñado.

SEVERO.

Es que entonces...

PEDRO.

Es que entonces
Era el paciente un estraño,
Y á su costa siempre es bueno
Ser justo y cargar la mano.
¿No es verdad?

SEVERO.

Que responder (*Ap.*)
No sé.

FERMIN.

Pero ese adversario
De Carlos, ¿quién es? ¿Se puede
Saber?

PEDRO.

Señor, lo ignoramos;
Y si Carlos no lo dice...

SEVERO.

Lo diré yo.

CARLOS.

¡Mentecato! (*A Severo. Ap.*)
No ves que á tu amada Flora
Comprometes?

SEVERO.

Pero Carlos, (*Lo mismo á*
¿He de permitir... [*Carlos.*)

FERMIN.

¿Qué es eso,
Señores?

CARLOS.

Nada, un encargo
Que le dejo.

FERMIN.

¡Lindo cuento!
Pues como dé los recados
Como los consejos...

PEDRO.

Vaya,
Si usted no tiene reparo,
Don Carlos, nos marcharemos
Juntos.

CARLOS.

No lo tengo. Vamos.

FERMIN.

¡Ay, Vírgen santa! Oiga usted (*Ap. á don*
¿Dónde va el chico? [*Pedro.*)

PEDRO.

A su cuarto (*Ap. á don*
A que se desnude, y duerma [*Fermin.*)
El tiempo que ha trasnochado.

FERMIN.

¡Con qué, á la cárcel! (*Alto.*)

PEDRO.

No hay medio:
Es fuerza formar sumario,
Y remitirlo á Pamplona.

FERMIN.

Pues, señor, acompañarlo
Quisiera yo hasta la cárcel.

PEDRO.

Venga usted.

FERMIN.

Pronto despacho,
Y á mi vuelta, don Severo, (*A don Severo.*)
Tenemos que hablar un rato
A solas.

SEVERO.

Está muy bien.

PEDRO.

Vamos, que es muy tarde.

CARLOS.

Vamos.

TOMASA.

¡Qué desdicha!

COLASA.

¡Señorito
De mi vida!

FERMIN.

¡Qué quebranto!
¡En la cárcel un Peralta!
¡Ay, si mis antepasados
Levantarán la cabeza,
No se armara mal fandango!

ESCENA VII.

DON SEVERO, *solo.*

¡Qué me sucede! ¿Qué pasa
Por mí? No se lo que fué,
Mas desde que puse el pié
En esta maldita casa,
Ni me conozco, ni puedo
Hacer sino desatinos.
¡Cuál será, cielos divinos,
El fin de todo este enredo!
Si se llega á descubrir
Que fuí yo quien ha reñido
Con Carlos, estoy lucido;
Y sino, ¿he de permitir
Que él sufra en dura prision
Mientras que alegre paseo?
Es imposible, y yo creo
Que fuera una vil accion
Silencio tan criminal.
Así romperlo sabré...
Mas ¡necio! ¿y qué ganaré?
¿Mi mal calmará su mal?
No por cierto, y solamente
Se logrará en realidad,
Sin curar la enfermedad,
Aumentar otro paciente.
Mi temor crece á medida
Que los riesgos se acrecientan,
Y las dudas atormentan
Mas mi pecho que la herida:
Fuerza será que yo busque
Mi remedio en un consejo,
Antes de que vuelva el viejo
Y su cólera me ofusque.
A Flora voy á buscar,
Ella será mi doctor,
Si un mal que ha causado amor,
Amor lo sabe curar.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA TOMASA, DON SEVERO.

TOMASA.

Señor vuestra desconfianza
Al desaliento os entrega,
Y os arruina porque os ciega.
El amor ¿no os da confianza?

SEVERO.

El es toda mi esperanza.

TOMASA.

Pues bien, si confiais en él,
A su culto sed mas fiel,
Y no ofendais su respeto.

SEVERO.

¿En qué?

TOMASA.

En dudar de mi afeto;
Que si yo no soy infiel
A la fe que prometida
Os tengo, no sé lo que
Podais temer.

SEVERO.

Yo lo sé.
Temo mi opinion perdida
Y el grito de una ofendida
Conciencia, temo tambien
El merecido desden
Del anciano don Fermin,
Y temo á todos; que en fin,
Teme bien quien no obra bien.

TOMASA.

Nunca comprender pudiera
Vuestro extraño sentimiento,
Si una parábola ó cuento
Su esplicacion no me diera.
Dicen, que allá en la Baviera
Cierto *quidam* se encontró
Un pendiente, y que le halló
Tan fino, terso y brillante,
Que desde luego diamante
Y bueno le pareció.
Por su desgracia un platero,
A quien lo quiso vender,
Hizo pronto conocer
A este pobre caballero,
Que su valor era cero;
Y á pesar de su jactancia,
Confesó al fin, que en sustancia
La joya tan ponderada
Era (si usted no se enfada)
Solo una piedra, y de Francia.
En vano se desespera,
Llora, se queja y maldice
Hallazgo tan infelice.
Nunca consolado fuera,
Si la fortuna no hiciera
Que á su lado reparó,
Cuando menos lo pensó,
Un pequeñuelo inocente
Jugando con el pendiente
Compañero del que halló.
¡Hola! dijo el aburrido,
Este niño se complace,
Y alegre se satisface

Con un diamante fingido:
Pues sino hubiera tenido
Por fino, terso y brillante
A mi soñado diamante,
Tambien con él jugaria:
Luego la culpa fue mia,
Y no del hado inconstante.

SEVERO.

¡Ay Flora! teneis razon:
Ya conozco mi flaqueza.

TOMASA.

Perdonad á mi franqueza
Hija de mi estimacion.

SEVERO.

Agradezco la leccion,
Que ingeniosa me habeis dado:
La violencia de mi estado
La debo á mi necio error,
Pues quise darme un valor
Demasiado exagerado.

TOMASA.

¿Lo conoceis?

SEVERO.

Sí. señora.

TOMASA.

Probadlo.

SEVERO.

Decid ¿en qué?

TOMASA.

Lo diré, y no tardaré;
Pero no puede ser ahora.

SEVERO.

Entonces, amable Flora,
Satisfaceros no puedo.

TOMASA.

Tengo una especie de miedo...

SEVERO.

¿En qué fundais tal engaño?

TOMASA.

En que á vuestro desengaño
Todavía no concedo
Toda la fe que pudiera.
Quedad, Severo, con Dios.

SEVERO.

Qué ¿os vais?

TOMASA.

Sí, que con vos
Mas arriesgo que debiera.

SEVERO.

Señora, daros quisiera
Esa prueba que pedís.

TOMASA.

¿De buena fé lo decís?

SEVERO.

¿Lo dudais?

TOMASA.

¡Ay don Severo!
Si el desengaño es sincero
Mas sabreis que presumis.

ESCENA II.

DON SEVERO *solo*.

Se va y me deja entregado
A la incertidumbre fiera,
Sin que pueda mi cuidado
Verse jamás aliviado
De un mal que le desespera.
¿Qué será lo que tendrá
Que decirme esta mujer?
Ignoro lo que será;
Mas si el tiempo lo dirá,
Dejémosle, pues, correr.

ESCENA III.

COLASA *y* DICHO.

COLASA.

¿Don Severo?

SEVERO.

¿Nicolasa?

COLASA.

Aunque usted siempre está serio
Conmigo, yo, sin embargo,
Hace dos horas que espero
La ocasion de hablar á solas
Con usted.

SEVERO.

¡Ola! ¿En que puedo
Yo servirte?

COLASA.

No, señor,
Si la que puede aquí hacerlo
En favor de usted soy yo.

SEVERO.

¿En mi favor?

COLASA.

Si por cierto.
¿Estamos solos?

SEVERO.

¡Dios mio, (*Ap.*)
Volvemos á los misterios
Y á los tapujos! Si estamos.

COLASA.

Pues sepa usted don Severo,

Que aunque parezco criada,
Soy mas de lo que parezco;
Pues soy el único archivo
Donde todos los secretos
De los Peraltas se guardan;
Soy ademas consejero
Nato del padre, de la hija,
Del hermano, de los deudos,
De los amigos de casa,
De los criados, y aun de aquellos
Que llamamos conocidos,
Porque conocemos menos.

SEVERO.

Pues, Colasa, en parangon
Tuyo ¿qué hace ese consejo
De Navarra?

COLASA.

Yo no sé,
Sino solo que no miento
Ni exajero; y para prueba
De lo dicho, decir debo
A usted que tambien conozco
Sus pesares y secretos.
Cabalito.

SEVERO.

¿Los conoces?

COLASA.

Sí, señor, ni mas ni menos:
Sino, dígalo el amor
A doña Flora, los celos
De Carlos, el desafío,
Luego la casa de juego,
La noche pasada en claro,
El natural sentimiento
Por la prision del amigo,
Los temores y recelos
De que se descubra el ajo,
Y tambien ciertos enredos,
Como mentiras, ficciones,
Efugios y...

SEVERO.

Basta, veo
Que estás al cabo de todo,
Y no es necesario...

COLASA.

Bueno
Era quitaros la duda,
Por si acaso.

SEVERO.

No la tengo,
Por cierto.

COLASA.

Pues bien, entonces
Os diré, sin mas rodeos,
Que una cierta inclinacion
Simpática que os profeso...

SEVERO.

¡Calla! ¿Tambien se conoce
En aqueste triste pueblo
La simpatía?

COLASA.

Sí, señor.
Si cualquiera en estos tiempos
Simpatiza con cualquiera.

SEVERO.

Pues, hija, bendiga el cielo
Tales tiempos. Sigue, sigue.

COLASA.

Digo yo, que cierto afecto,
Cuya causa desconozco,
Aunque siento sus efectos,
Me determina á serviros,
Dándoos, señor, un consejo.

SEVERO.

Venga, pues aunque no sea
Un gran partidario de ellos;
Pues dados, son arriesgados,
Y si se reciben, necios.

COLASA.

Mire usted lo que es el mio,
Como conozco el terreno,
No haya miedo que nos dañe.

SEVERO.

Vaya, dilo.

COLASA.

Os aconsejo
Que os quiteis la mascarilla.

SEVERO.

¡La mascarilla!

COLASA.

No veo
Otro camino que pueda
Salvaros.

SEVERO.

Ni yo comprendo
Lo que me quereis decir
Con eso.

COLASA.

¿No? pues muy presto
Lo sabreis si me escuchais:
Atencion, y va de cuento.
Entre los varios quehaceres
Que atosigan á los viejos,
El primero y principal
Es la eleccion de los yernos.
Mi amo don Fermin, no solo
Por su mal tuvo este empeño,
Sino que quiso tambien
Buscar un yerno perfecto;
Y eso es, señor, imposible.
¿No es cierto?

SEVERO.

Cierto, y muy cierto.

COLASA.

Cuando al fin se decidió
Por usted fué, por supuesto,
Convencido de que habia
Encontrado aquel modelo
De perfeccion que buscaba;
Y ya vé usted si está lejos
De haberlo hallado: ¿no digo
Bien?

SEVERO.

Muy bien.

COLASA.

Si sus defectos
De usted sus calaveradas,
Y todos sus devaneos
Se pudieran descubrir,
No hay duda que nuestro viejo
Andana se llamaria.
Entonces usted perdiendo
El engañoso barniz
Que ocultaba los remiendos,
Se quedara tal cual es,
Y tal cual son entre ciento
Los noventa y nueve: entonces
Libre del pasado empeño
Pudiera usted contratar
Con Flora otro empeño nuevo,
Y casarse, y tener hijos,
Y conseguir luego un...

SEVERO.

¡Fuego
Con el consejo que das!
¿Y quieres tú que yo mesmo
Diga y confiese...

COLASA.

¿Qué importa
Que sea usted ó sea un tercero
En discordias, el que cuente
Todo? Así siempre es muy bueno
El tomar la delantera.

SEVERO.

Con todo, tengo recelo;
Y despues el amor propio
Padece mucho con estos
Desenlaces.

COLASA.

¡Ay, señor,
El amor propio y los celos,
Como á los paracaidas
Los sostiene solo el viento.

SEVERO.

Sí; pero yo me conozco,
Y aunque estuviera año y medio,
Estoy seguro, Colasa,
Que me faltara el aliento,
Si tuviera que decir
Cara á cara...

COLASA.

¿No es sino eso?
Pues bien, corre de mi cuenta:
Yo me encargo.

SEVERO.

Ni por pienso,
No quiero que me descubras.

COLASA.

Usted lo que tiene es miedo,
Y pues milagrosamente
Nuestro enemigo tenemos
En campaña, verá usted,
Si merezco ó no merezco
La confianza general.

SEVERO.

Calla, por Dios.

ESCENA IV.

DON FERMIN *y* DICHOS.

FERMIN.

Don Severo,
Estoy contra usted lo mismo
Que si fuera ya su suegro.

SEVERO.

Pues, señor, lo siento mucho.

FERMIN.

Dígame usted, ¿qué embelecos,
Qué enredos, qué trapisondas
Son estas? ¿por qué está preso
Carlos? ¿Por qué la Florita
Llora? ¿por qué está usted serio,
Cabizbajo y taciturno?
Responda usted.

SEVERO.

Yo me siento
Algo malo, y á eso atribuyo
Mi tristeza.

FERMIN.

¿Es del cerebro
El mal?

COLASA.

¡Jesús! no señor,
Si es el mal del descontento,
Dolencia, que solamente
Suele cebarse en aquellos
Que han estado mas robustos,
Porque los encuentra menos
Hechos á padecer.

FERMIN.

Dime,
Colasa, ¿y qué sabes de eso?

COLASA.

Con que ¿no lo sé? Pues vaya,
Preguntadle á don Severo,
Sino es cierto que padece
Una zozobra, un interno
Disgusto, una comezon
A manera de recelos,
Y sobre todo, señor,
Un peso en la frente, un peso...

FERMIN.

Ese es mal de novios.

COLASA.

Suele
Tambien muchas veces serlo;
Pero aquí no es mal de novios,
Que es solo...

FERMIN.

¿Qué?

COLASA.

Descontento
De sí mismo, precision
De hablar con usted, gran miedo
De que se enfade, y por fin,
Indigestion de un secreto
Que necesita salir,
Y no puede.

FERMIN.

¿Es esto cierto? (*A Severo.*)

SEVERO.

Nicolasa se chancea,
Y su genio placentero
Quiere sin duda á mi costa...

COLASA.

No, señor, no me chanceo:
Usted tiene un secretazo...

SEVERO.

Nicolasa...

COLASA.

Yo no entiendo
De señas: harto he callado,
Y si ahora no hablo, reviento.

SEVERO.

Pues mejor será que yo
Me retire. Hoy es correo,
Precisamente dos cartas
Tengo que escribir.

COLASA.

No quiero
Que tales cartas se escriban
Hasta salir del aprieto
Consabido. Venga usted
Acá, señor don Severo,
Y diga al que en infusion
Está para ser su suegro,
Cómo ha pasado la noche,
No en su cama, ni al sereno,
Sino en casa de la Pepa
La mujer del estanquero.

FERMIN.

¿Fumando?

COLASA.

No tal, jugando
Y perdiendo su dinero,
Y aun el vuestro de Tafalla.

FERMIN.

¿Y qué mas?

COLASA.

Que si fué al juego,
Fué solo por disimulo;
Pues estuvo antes riñendo
Con Carlos.

FERMIN.

¡Con Carlos!

COLASA.

Sí,
Por unos ciertos requiebros
Dichos á doña Florita.

FERMIN.

¡Qué! ¡Tambien esa!

COLASA.

Y no fueron,
Por parte del señorito,
Infundados estos celos,
Que el señor gusta de Flora,
Y Flora no gusta menos
Del señor. ¡Ay!... Ya salimos
Del apuro.

FERMIN.

¡Qué oigo, cielos!
Dígame usted, señor mio,
Si dar entera fe puedo
A lo que dice Colasa.

SEVERO.

Señor... hay ciertos momentos
En qué...

FERMIN.

No quiero disculpas:
Bien sé que no hay hombre cuerdo
A caballo, y por lo tanto,
Sin dilacion ni rodeos,
Solo exijo una respuesta
Categórica.

SEVERO.

No encuentro
Que decir.

FERMIN.

Vamos, ¿sí ó no?

SEVERO.

Pues, señor, yo lo confieso:
Es verdad cuanto ella dijo.

FERMIN.

¿Cierto?

SEVERO.

Cierto.

FERMIN.

Eso supuesto,
Dame los brazos y aprieta,
Que estoy loco de contento.

SEVERO.

¿Qué es esto?

FERMIN.

Válgame Dios,
Qué fortuna!

SEVERO.

¿Estoy durmiendo?

FERMIN.

¿Un yerno amable, sensible,
Y enamorado en extremo;
Un yerno pundonoroso
Y nada cobarde; un yerno
Amigo de diversiones,
De trasnoches y de juegos?
¡Qué hallazgo! Yo, que esperaba,
Teniendo un yerno perfecto,
Ser mártir de su virtud,
Hallarme uno, de quien puedo
Murmurar, quien sabrá darme
A cada instante pretextos
Para reñirle, y quejarme
A los vecinos y deudos?
Vaya, vaya, ¡qué fortuna!
Ahora si que seré suegro
En forma, sin menoscabo
De mi clase y privilegios.
Mas ¿qué es lo que me detiene?
¿Porqué no marcho corriendo
A buscar un escribano
Y un cura, que os casen luego?

COLASA.

¡Qué los case! ¿Quién con quién?

FERMIN.

Mi Tomasa con Severo:
¡Buena pregunta!

COLASA.

¿Y Florita?

FERMIN.

Que se vaya á los infiernos,
A Dios, á Dios, yerno mio,
Ten paciencia, pronto vuelvo.

SEVERO.

Esperad, por Dios, señor,
Escuchadme.

FERMIN.

Ya no hay tiempo,
Pero cuando estés casado
Te escucharé como un muerto.

ESCENA V.

DON SEVERO *y* COLASA.

SEVERO.

Ahora bien, Colasa,
¿Qué podrás decir
De tal aventura?

COLASA.

Callar y reir.

SEVERO.

¿Reir?

COLASA.

Sí por cierto.

SEVERO.

¿Te burlas de mí?

COLASA.

No tal; pero ¿cómo
Podré resistir
El flujo de risa
Cuando don Fermin
En vez de enfadarse,
Te casa?

SEVERO.

Y por tí,
Por tí solo ha sido.

COLASA.

¿Y quién presumir
Pudiera este lance?
Mas, en fin, decid,
¿Os casais?

SEVERO.

¿Y cómo
Lo puedo eludir?

COLASA.

Pronunciando un *no*
En lugar de un *sí*.

SEVERO.

¡Qué extraño suceso!

COLASA.

De un viejo mastin
Es el tragadero
Puerta de toril.

SEVERO.

Colasa, ¿qué haremos?

COLASA.

Fuerza es discurrir
Un medio.

SEVERO.

¿Y qué medio?

COLASA.

¿Quereis por san Gil,
Que os dé otro consejo?

SEVERO.

Vaya por Dios. Dí.

COLASA.

Quién es tan cobarde
Que teme sufrir,
No busque en los otros
Lo que no halla en sí;
Que el valor ajeno
No puede servir
En daño tan propio
Como el suyo; así
Sufra su quebranto
O aprenda á vivir.

ESCENA VI.

DOÑA TOMASA *y* DICHOS.

TOMASA.

Severo, Colasa,
¡Ay triste de mí!
Perdidos estamos.

SEVERO.

¿Qué sucede? dí.

COLASA.

¿Qué es esto, señora?

TOMASA.

¡Ay, que entrar yo ví
Al señor don Pedro!

COLASA.

¿Solo?

TOMASA.

Un ministril
Enjambre le sigue,
Y vienen por tí,
Sin duda, Severo.

SEVERO.

Dejadlos subir,
Que nunca he temido
La cárcel por sí,
Sino porque pude
Antes delinquir.

ESCENA VII.

DON PEDRO *y* DICHOS.

PEDRO.

Señor don Severo,
¿Prometeis decir
Verdad?

SEVERO.

Jamás supe
Qué cosa es mentir.

PEDRO.

¿Sois vos quien con Carlos
Hubo de reñir
Ayer por la noche?

SEVERO.

Sí, señor, yo fui.

PEDRO.

¿Qué puede excusaros?

SEVERO.

Ser hombre, y que en mí
Se hallen las flaquezas
Que en los otros ví.

PEDRO.

Pues debo prenderos.

SEVERO.

Prended y cumplid
Como juez, que yo
Como hombre cumplí.

PEDRO.

Alguaciles, ola,
Al punto venid.

ESCENA ULTIMA.

DON FERMIN, DON CARLOS *y* DICHOS.

CARLOS.

Aquí está un cuñado.

FERMIN.

Y un suegro está aquí.

COLASA.

Dos son solo, y sobra
Mas de un alguacil
Para sujetar
Aunque fuera al Cid.

SEVERO.

Pero, señores, ¿qué es esto?
¡Qué dichosa novedad!

¿Carlos puesto en libertad
Tan impensado, tan presto?
Todos callan: ¡lindo afan!
¿No se me quiere decir
De donde pudo venir
Tanta dicha?... y ¿dónde están
Los alguaciles, que preso
Debieron ponerme ahora?
Dilo, Carlos; hablad, Flora,
ó ¿quereis que pierda el seso?
De una duda tan cruel
Evitadme los temores.

FERMIN.

¿Y quién le pone, señores,
A este gato el cascabel?
¿Quién le dice la verdad?

PEDRO.

A vos os toca.

FERMIN.

A mí no.

CARLOS.

Yo no lo digo.

COLASA.

Ni yo.

FERMIN.

Don Pedro hablad.

CARLOS.

Padre, hablad.

FERMIN.

Habla tú.

CARLOS.

¿Quién esto vió?
Los hijos deben callar.

SEVERO.

Con qué ¿nadie quiere hablar?

TOMASA.

Sino quieren lo haré yo.
Ignoro si me asegura
Mi sexo la impunidad;
Pero sabed la verdad
Aunque arriesgue mi ventura.
Señor don Severo, si
De alguno os podeis quejar,
No teneis que titubear,
Pues debe de ser de mí.
Y en prueba, deciros quiero,
Aunque á Flora hayais querido,
Que Flora es nombre fingido,
Y Tomasa el verdadero.

SEVERO.

Señora, ¿vos sois Tomasa?

TOMASA.

Sí, señor, de mala gana.

SEVERO.

¿Y sois de Carlos hermana?

TOMASA.

No tiene otra hermana en casa.

SEVERO.

Luego ha sido fingimiento
Su pasion, vuestro desvío,
Sus celos y el desafío.

TOMASA.

No hay duda: todo fué cuento.

SEVERO.

¿Y qué causa provocó
Tal enredo?

TOMASA.

Vuestra fama.

SEVERO.

¿Mi fama?

TOMASA.

Sí, que una dama
Siempre un marido temió
Con la rara cualidad
De perfecto en demasía,
Que un necio solo confia
En la agena necedad.

SEVERO.

Luego quisisteis que yo
Desatinos cometiera.

TOMASA.

Y quisimos bien, pues era
El camino que se halló
Para haceros conocer
El valor de la indulgencia.

SEVERO.

¡Tan bella y con tal prudencia!

TOMASA.

Siempre es bueno preveer.

SEVERO.

La leccion es harto dura.

TOMASA.

¿Cuándo es blanda una leccion?

SEVERO.

¿Quién á tal conjuracion
Resistiera? la hermosura,
La amistad y la experiencia
Se reunieron en mi daño;
Por lo mismo no es extraño
Sucumbiera mi inocencia.

TOMASA.

Aquestas conjuraciones
Solo os pueden enseñar:
Temed las que han de formar
Muy pronto vuestras pasiones.

Estas son, sin duda alguna,
Las que mas debeis temer,
Y si las lograis vencer,
Bendecid vuestra fortuna;
Sin que por eso, señor,
Insulteis al que es vencido,
Pues él hubiera querido
Ser, como vos, vencedor.

SEVERO.

Conozco, señora mia,
Vuestra razon, y la aprecio
De tal modo, que en desprecio
De mi orgullo, quiero un dia
Ser de todos conocido
Por tolerante y prudente,
Que es lo mismo que indulgente.

TOMASA.

¿De veras?

SEVERO.

Nunca he mentido.

TOMASA.

Entonces esta es mi mano,
Si es que mi padre lo aprueba.

FERMIN.

Dios os bendiga y os llueva
Mas hijos que en el verano
Hay chinches. Pero, Severo,
No olvides esta leccion,
Que siempre los buenos son
A perdonar los primeros.

SEVERO.

¡Olvidar esta leccion!
¡Jesus, señor, qué demencia!
Y en prueba de mi indulgencia
Obtendreis vuestro perdon.

FERMIN.

¿Qué dices? ¡oh qué delirio!
¡Perdon yo! ¿de qué ó por qué?

SEVERO.

Porque vuestra casa fué
Donde he sufrido el martirio
De una burla asaz pesada,
Siendo los actores de ella
Un anciano, una doncella
Con ínfulas de casada,
Un juez, y en fin, un amigo
A quien conocí en su infancia;
Confesad, pues, que en sustancia
Os excedisteis conmigo;
Y pues por distintos modos
Todos, don Fermin, lo erramos,
Bueno será que pidamos
Indulgencia para todos.